

Beautiful
people

Beautiful people

Juan M. Alsina Milanés

Colección **Marcos Antilla**
Editorial ORTO
2010

Edición: *Maydolis Garcés Remón*

Edgar Jerez González

Diseño y composición digital: *Edgar Jerez González*

Corrección: *Maydolis Garcés Remón*

Ilustración de cubierta: *Joan Manuel Leyva Montero*

© Juan Manuel Alsina Milanés, 2010

© Sobre la presente edición

Ediciones ORTO, 2010

ISBN 978-959-7179-71-9

Ediciones ORTO

Plácido # 161

esquina a Pedro Figueredo

Manzanillo, Granma, Cuba.

E-mail: orto@crisol.cult.cu

*Para Edgar Jerez,
amigo, maestro y hermano.*

Beautiful

Con mi boca

Chupo

Liquido

Sobrepaso

Impulso

Intento

Colecciono

Revelo

Eyaculo

Recito el amor.

ANIA BRITO MARTINEZ

Beautiful people

«¿Será maricón?», pensó, cambiando de postura. «Amaneramientos no se le ven. Dice mami que es muy educado, de buena familia y todo eso, pero lo cortés no quita lo valiente y, valiente, lo que se dice valiente, no es. Siempre anda como un machazo, fuertote, con botas militares 24x24, las únicas del barrio, o quizás del pueblo, pero valiente no es», encendió un cigarro y lo aspiró con lentitud.

—Ya no sé cómo insinuármele —rumió en voz alta para la cuadra solitaria.

—El día que me rozó la mano para ayudarme con la jaba, hizo que me ruborizara y ni por enterado se dio, aún lo pienso y los pezones se me endurecen — prosiguió en sus cavilaciones —. Cuando fue a arreglar la conexión eléctrica, anduve sin ajustador y el short me partía en dos, al extremo de casi provocarle un infarto a mami, que delante de él me gritó: «¡Martica, andas casi desnuda!, ¡qué desfachatez la tuya!», y él... inmutable, una roca. Si no es pato, está dándole vueltas a la laguna. ¡Santa Bárbara, qué desperdicio de hombre! No canta, no come frutas, no dice dónde hay, no tiene novia, no sé, tal vez no se raspa ni una paja. Camila me ha dicho que tarde en la noche lo ha visto pasar por esta calle. ¿De dónde vendrá? Hoy no se me escapa, quien no arriesga no triunfa —lanza el cabo del cigarro—. Mejor aquí que estar haciendo tortilla con Roxana, para ella la sartén se ha convertido en una manía.

Desde la esquina pudo ver los autos que pasaban presurosos. Una pareja aprovechó la oscuridad para satisfacer sus deseos. Una moto iluminó.

—Princesa, si buscas compañía, aquí está lo que esperas
—le piropeó un cincuentón.

—Yo soy puta, no geriatra, abuelo —escupió con fastidio.

Miró a los dos lados de la calle y al reloj—. Dos horas y ese hijo'e puta no acaba de pasar. Bueno, mañana será otro día —comenzó a caminar lentamente.

Un rato después llegó muerta del cansancio a la casa, con los tacones gastados. Se acercó al cuarto de su madre, escuchó voces, alcanzó a ver a su madre desnuda, en cuadrupedia, asida con una sogá al cuello, de la que tiraba un joven.

Al tiempo que la poseía violentamente le asestaba fustazos por los costados.

—¡Hay que disciplinarte, Martica! ¡Hay que disciplinarte!

—gritó el enardecido jinete— ¡por eso te castigaré!

—¡Disciplíneme, sométeme, soy mala, mala!

—¡Sí, puta, eres mal educada, puta... puta y tortillera. Por eso te castigaré! —volvió a gritar el de las botas militares.

Obsesión

Le besa en los labios, los muerde. La lengua recorre el rostro de norte a sur, de este a oeste. Mesa los cabellos sueltos, sonrío; piensa en cuando la vio por primera vez. Aquel día le brillaron los ojos. No pudo aguantar y se masturbó frente a la ventana sin importarle si alguien lo veía.

Desde aquella mañana su mente no tuvo otro pensamiento, otra ocupación, otro deseo; ansiaba poseerla, chuparle hasta el cansancio palmo a palmo el menudo cuerpo, penetrarla. El obstáculo radicaba en cómo la abordaría, buscar la ocasión propicia de llegar hasta ella sin llamar la atención; y lo más difícil, cómo vencer la timidez. Apenas salía a la calle, no tenía amistades, su máxima: «el que solo la hace, solo la paga».

Lame los pequeños pezones, rosados, cándidos, llega hasta el pubis sin vellos aún, lo olfatea con vehemencia, aspira suave, profundamente, con un acto de veneración ante el altar. Con la punta de la nariz lo acaricia para dar paso a la lengua. Lame sin descanso, gime, soba el pene enardecido.

Con su arte de averiguar sin preguntas pudo conocer dónde vivía y de esta forma, a cierta distancia la custodiaba a diario en el trayecto casa-escuela y viceversa; luego, corría a la guarida para masturbarse una y otra vez.

Sigue lamiendo el pubis, un labio, otro, penetra la lengua, lubrica el reducido espacio.

—¡Qué suerte la mía! —susurra—. ¡Cuanta angustia he sufrido buscando la forma de tenerte así, completa, para mí solo! —el falo acaricia el pequeño cuerpo inmóvil— ahora estás aquí, como un regalo, una ofrenda, virgen y mártir.

El glande atraviesa el pubis frío, entra y sale, el juego lo endurece más.

Al enterarse del accidente, llamaba al hospital cada media hora durante las tres de agonía.

Se le iba de las manos, por ello hizo acopio de valor para sobornar, para poder consumir la obsesión.

— ¡Niña, te la voy a disparar! — la sentencia hace eco en todo el campo santo—. Toma la verga, la mano se agita con rapidez sobre el enardecido miembro, desespero; minutos después vomita un espeso líquido blanquecino sobre el cuerpo sin vida de la infante.

La nota

Luisa llegó a las cuatro de la tarde. Estaba sobre la cama. Después de leerla, el grito quedó hecho un nudo en la garganta. La segunda lectura fue el cañonazo para traerla a la realidad. No pudo contener el llanto y lloró hasta quedarse dormida.

Las voces de los hijos en el comedor la despertaron, pronto tendría que preparar la comida.

«¿Qué les diré cuando pregunten por su padre?», pensó. «La verdad es muy dura pero, si no se la digo, terminaran conociéndola por terceras personas o por su propio padre», un par de lágrimas cayeron sobre la blusa. «¡Dios mío!, ¡qué vergüenza!, ¡qué dirán los vecinos, mis amigas!, ¡seremos la comidilla de todos!», se sacudió la nariz, escondiendo el llanto en el pañuelo. «Nunca pensé que Roberto me hiciera esto después de treinta años de casados. ¿En qué fallé, qué hice mal?», con rabia apretó la nota. «Él jamás se quejó de mí ni de su familia. ¡Con esto me vuelvo loca!», tiró al suelo el papel arrugado. Para convencerse lo volvió a tomar entre sus manos y leyó, hasta una cuarta vez. Todo estaba claro. Traición, engaño, y eso, eso...

«¿Cómo reaccionarán Carlitos y Marla?. Lo odiarán, pero él es su padre. Hasta ahora éramos una familia casi feliz», se sonó la nariz con la manga de la blusa. «Pero nos abandona, ¡y de qué manera! ¡Mis pobres hijos, cuánto sufrieron con lo de su hermano Nacho!», se sumió en otra ola de llanto, apretando la almohada sobre el rostro, mientras la nota, haciendo piruetas, cayó en el piso.

— Mamá, ¿dónde me pusiste...? — dijo Carlitos en el umbral de la puerta — pero... estás llorando — sus ojos

repararon en la arrugada hoja de papel a los pies de la cama. La recogió mecánicamente y la acercó a sus ojos.

Mamá:

Decidimos hacer nuestra vida juntos, nos amamos; tú ni nadie lo podrán impedir. Costó decidirnos, pero no hay marcha atrás. Espero comprendas a papá.

Te quiere,

Nacho.

El susto

— ¡Se te acabó el relajo, MARICÓN! — grita el policía, tomándolo por el brazo.

— ¡Yo no soy maricón! — contesta mientras intenta zafarse de la garra policial.

— ¡¿No?! Entonces eres PÁJARO — vocifera el vestido de azul, apretándole más el brazo.

— ¡Yo no soy pájaro! Esos tienen plumas y yo pelos.

— No te hagas la chistosa, loca depravá — grita dándole un fuerte cocotazo.

— ¡YO NO SOY LOCA, Y NO SOY HOMOSEXUAL!

— replica con lágrimas en los ojos.

— ¡¿No?! ¿Y quién le estaba mamando la pinga a ese que salió corriendo?

— ¡Yo! Pero no soy ni maricón ni pájaro ni homosexual

— se limpia la nariz con la manga de la camisa.

— ¡Y entonces qué eres?! — le grita al oído, sacudiéndolo. El rostro contraído por la rabia, apretando los dientes.

— Estoy enfermo de los nervios y cuando entro en crisis me da por eso — sentencia, agarrando la portañuela del uniformado.

La soledad es mala consejera

Rocco Siffredi en la habitación, una copa de bourbon en la mano. Observa las paredes tapizadas con recortes de revistas, todos de mujeres en poses sensuales. Cada una tiene su propia historia. En la mesa, la Triple X desencuadrada es el plato donde reposa un condón con restos de semen.

Él mira la boca de Marilyn Monroe, va hasta ella, la besa, pasa la mano por los senos de Pamela Anderson, llega a la desnudez de Demi Moore, Madonna de piernas abiertas ofrece su sexo, incita a penetrarla.

Vacía la copa, retorna a la mesa, sirve más vino. Algunas gotas salpican la revista, la humedecen. Rocco humedece sus labios.

Desde la esquina el televisor reproduce un filme de Jess Franco, las imágenes bombardean los sentidos, erotismo enervante que excita al hombre desnudo. Los gemidos de las actrices del televisor saltan de recorte en recorte, rebotan.

Él cierra los ojos, siente miles de lenguas lamiendo su cuerpo; Nicole Kidman, Penélope Cruz, Julia Roberts, Angelina Jolie, Jessica Alba, discuten un pedazo de piel masculina. Quiere copular con todas a la vez. Abre los ojos, la avalancha de recortes avanza hacia él, lo acarician indistintamente; las fragancias de mujeres enfebrecidas se entretrejen con el incienso y el aroma de las velas.

Rocco en medio de la habitación se observa en el espejo. El pene erecto excita la pantalla gimiente. Camina hasta el espejo, su cuerpo vibra, desea fornicar con todas, ellas lo ansían.

La tentación es irresistible. Lanza el espejo al piso. Echa crema de coco en la mano, se para encima de los pedazos del espejo: —¡PUTAS, les daré lo que piden! — grita con rabia y lujuria, mirando los recortes de mujeres en poses sensuales.

Los fragmentos del espejo reflejan su imagen en muchos hombres, masturbándose, solitario en la habitación solitaria.

Bed talk

—Eres especial — dijiste —, no como esa puticas de tu aula, que tiemplan por ver la leche correr.

—En ese tiempo era mojugata, comemierda me llamaban ellas, *las pisabonito* —desliza la mano desde el pecho hasta el pubis de él.

—¿Te gusta?... ¡Enfermo!

—Contigo descubrí que en la cama también se goza —los dedos hacen caracolas con los vellos.

—¿Recuerdas lo del potrero? Las hormigas me comieron el culo —le toma el pene—, esta me vuelve loca, es digna de un monumento. ¿Qué soy puta? Sí, por ti. ¿Te acuerdas? Me llevaste al laboratorio para estar con tus socios. Me pelaron el bollo y la boca se me rajó de tanto mamar. No te niego que gocé como una yegua. Di que soy machorra, porque si no, el embarazo hubiera sido múltiple.

Lame el miembro y sus contornos.

—Hoy no puede estar como me gusta. En otros tiempos ya me la hubieras clavao —le besa la boca—. Descarao, me usaste como te dio la gana —aprieta el pene flácido—. Me tiré al profeta de Química para que no te guindara, con la peste a boca que se mandaba, y en el rabo... Un tubo de pasta de dientes fue poco. Pronto apestarás igual.

Camina hasta el espejo, mira sus senos, los palpa, sonrío maliciosa.

—¿Quién te viera con estos en la boca, o tu pata de cabra entre ellos?

Pero se ha hecho tarde, entre risas y llanto la vida se ha ido, tu sonrisa y la mía se hicieron gaviotas, que volaron al aire —canta—. Se frota el clítoris, las nalgas, se muerde los labios.

–Eres el macho que me arrebató, estoy bolá como una cafetera.

Va hasta el cadáver blandiendo una navaja, de un tajo le arranca el falo, se acuesta, penetrándose frenéticamente.

Rufo

Tendida en la cama, como Dios la trajo al mundo, las piernas abiertas, se muerde los labios, gime como una demente, acaricia la cabeza del amante, lo toma para atraerlo hasta la boca, lo besa. La lengua viaja dentro de la de él, que la quiere devorar. Toma el tubo de la mesita, deja caer la leche condensada en su pubis, él lame con frenesí, ella exhala suspiros.

—Rufo, me vas a matar de tanto placer — dice, sobándose los senos—. Ven, mámame las tetas, —le indica, echando el líquido dulce en los pezones. Él lame cual poseso, ella se frota el clítoris y masturba al amante.

—El maricón de mi marido tiene que aprender esto de ti, —sonríe, se contornea—, mamando no hay quien te gane, —sentencia y vuelve a verter leche condensada en su entre-piernas—. ¡Mama, pipo, mama!, —grita.

—¡Ahora papi! ¡Ahora sí vamos pa' lo que nos gusta! —acomodó la almohada bajo la espalda, atrajo hacia sí al amante, le toma el pene enardecido y se penetra.

El pastor alemán por instinto la posee repetidas veces.

La artista

Arranca una hoja de la *Playgirl*, la humedece, la embarra de cola y la pega. El monumento va tomando forma. Ella ansía terminarlo.

—Pronto estará listo —piensa— dos o tres capas serán más que suficientes. El rostro se le ilumina con una sonrisa pícaro. Cierra los ojos, recuerda la tarde en que Abel, *La Morsa*, la llevó a la casa de la abuela y tras cortos besos, le rasgó el blumer y sin darle tiempo a asimilar el acto la poseyó por detrás de forma violenta. A la semana aún sangraba y le dolía el trasero. Era invenible el muy maldito —recuerda— pero que rico templaba. Y esa mandarria que se mandaba me volvió loca.

Toma la página central de la revista, en la misma está un modelo color ébano, sonriente, en la mano su descomunal pene en erupción seminal. Alevosa pasa la lengua por el falo, lo besa repetidas veces, se lame los labios y sonrío. —Este desgraciado está divino. Diera lo que no tengo por clavarle con alguien así. —Rasga la página en dos, las engoma y adhiere, moldeando a su gusto.

—Yo tenía que haber sido puta, de esas que salen en los «pellejos» —arruga la frente— no por dinero; esas que cobran son unas descará, después que gozan el palo, encima hay que pagarles. Yo lo haría por amor al arte; como dice Marcia, lo haría por amor a las pingas, por llenarme el culo de leche —se sobó el sexo provocándose un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Me encantaría acostarme con ocho o diez a la vez para hacer de todo y al final que me bañen de leche —se

agarra un seno, lo observa, aprieta el pezón, siente el endurecimiento —, ¿pero quién va a templar con una tuerca con una teta de menos? — mira despreciativa la parte amputada, la enorme cicatriz de la radical de mama y los cortes de navaja en el estómago, brazos y muslos. Pasa la mano embadurnada de engrudo por dichas zonas.

En forma de flash vuelve a ver el brillo del arma delante del rostro, vuelve a sentir la punzada del primer corte, el ardor y el dolor conjugados en un solo quejido, los improprios que le ahogaron el grito de auxilio. La imagen vuelve a ser nítida, ve como le hieren todo el cuerpo. La del ojo, la más dolorosa, el olor y sabor de la sangre brotada la marean aún. El corazón se le oprime, reprime el llanto, cierra los puños con violencia y rabia. «El maricón ese, y después se limpió con que yo era una ladrona».

Hay un silencio donde sólo se escucha la mano arrancando hojas y pegándolas a la pieza. Se para y la gira. Siente orgullo de aquella amalgama de colores y hombres.

— ¡Pero mamó mejor que cualquiera! — espetó —. Ninguna yegüita del barrio supera mi maestría. — Vino a su memoria la etapa del Preuniversitario, en la escuela al campo, estando en onceno grado succionó sin descanso las vergas de seis de sus compañeros y se bebió todas las eyaculaciones sin mostrar asco alguno.

— ¡Qué tiempos aquellos!, una singaba para descubrir el sexo y gozar. No en balde me llamaban absorbente eléctrico — sonrío, engoma y pega otra hoja —. Ni una noche tuve descanso esos cuarenta y cinco días.

Observa la obra en su totalidad, sonrío maliciosa, se muerde los labios, palpa la obra de arriba para abajo.

No hay mejor cura para la depresión que meterse una buena pinga y para subir la presión una buena tanda por detrás.

Va hasta el baño, orina. Regresa a su puesto de trabajo, se sienta ante la pieza.

— Ya está lista para el horno, — baña de lubricante el falo de papel maché y se penetra.

Decisión

— Creerás que soy una puta. Hace una hora hablamos por primera vez y mira, estás en mi cama.

— No. Pienso que eres una mujer civilizada, no te andas por las ramas, tomas lo que quieres sin andar con rodeos. Pero dime, ¿qué te impulsó acercarte a mí, a insinuarte? La universidad no hace falta para saber el tipo de mujer que eres: fina, con clase y educada.

— Nada, cosas de la vida, te vi un par de ocasiones sentado en el mismo lugar y me picó la curiosidad. Lo besa, acaricia el pecho velludo.

— No, algo de mí te llamó la atención. Belleza no es. Como ves de esa soy huérfano; dinero mucho menos, a simple vista puedes percartarte que soy un palma'ó y loco. Sexo tampoco, lo puedes tener con mejores partidos. — La abraza y luego la besa en la cabeza.

— Me da pena decírtelo. Lejos de mí está lastimarte. Acaricia el pene y los testículos sin dejar de mirarle a los ojos, con el rostro sonrojado.

Se besan, la fragancia del perfume embota los sentidos de él. Una mujer como esa no se encuentra al doblar de la esquina, es parte de los sueños. Él debía conformarse con las puticas sofocás del barrio, de tres por quilo, de esas que tiemplan por ver la leche correr.

— Venga, no tengas pena, a estas alturas no debes tenerla. Además, hoy por hoy no hay nada que pueda lastimarme.

— Por esta — le dice y toca su pierna izquierda amputada hasta la mitad. La mano llega al muñón, lo aprieta, siente la costura en la piel; tomándolo con ambas manos, lo lame, besa, lame —. Esta parte de ti me vuelve loca, me excita —

pasa la punta de la protuberancia suavemente por su bello y delicado rostro, por los senos. Es tu mejor parte, es una macro pinga. —Abre las piernas, lo introduce con dificultad en su sexo, cierra los ojos, sonrío, suspira y grita—. ¡Síngame con esta macana, desgarrar todo mi ser!

El paquete

Encontró el paquete en el cajón, escondido entre revistas viejas. Nunca imaginó que existiera aún. Lo había visto años atrás, en aquella ocasión estaba sobre la cama de sus padres. Ese paquete fue la manzana de la discordia entre sus progenitores. Discutieron acaloradamente, se gritaron, la madre lloró sin consuelo y a él la curiosidad lo consumió sin lograr saber el por qué y el contenido del bulto. Sin proponérselo lo tenía en sus manos, en el cuarto de desahogo, lejos de los ojos de la madre.

El corazón latió de ansiedad, de un tirón quitó el amarre del lazo, desenvolvió el papel; tropezó con unas fotografías: una mujer desnuda, en poses eróticas, sonriente, la lujuria latente, excitante, incitando. La mujer era bella, de curvas delineadas, cabellera negra, lacia, encaracolada hasta la cintura, el rostro fino, resaltándole un lunar sobre los labios. Recordó la pelea, los gritos, el manoteo de uno y de otro. Bien lo recordaba, fue testigo desde el umbral de la habitación. Ahora sí que la incertidumbre disminuiría.

Viejas las fotos, como viejas las cajas que apartó de una silla, se sentó y comenzó a ver las fotografías detenidamente. La misma mujer posaba en todas, sonriente, ofreciendo en cada momento los atributos de su cuerpo, su sexo. Observó los senos erguidos, pezones pequeños, la aureola rosada; magníficos pechos, tal como a él le gustaba. La vulva tan diminuta como la de una adolescente, afeitada, apetitosa. Por un instante dudó si seguir con el deleite visual; aquellas instantáneas fueron la causa de la separación de sus padres. Esa noche el padre se había marchado dando un portazo.

Aquella mujer lujuriosa era la culpable, y estaba allí, desde las fotos, con los ojos fijos en los de él. Se debatía entre la rabia y el deseo.

Miró una donde la hembra abría su fruto para dejar ver su interior y un par de jóvenes barbilampiños lamían sus senos; en otra succionaba el pene de uno y masturbaba al otro. Su falo se endurecía, reclamando espacio para latir, el calzoncillo no ofrecía suficiente sitio para el animal encabritado. Lo apretó, lo acarició con brillo en los ojos, sonrió.

¡Qué buenas estás, puta de mierda!, dijo, tomando una foto en la que la mujer era penetrada por uno de los chicos, mientras el otro introducía su miembro viril en la boca de ella. Abrió la cremallera, se bajó el *jean* y el calzoncillo hasta las rodillas, la columna saltó, quedó erguida, triunfante, latiendo. Humedeció el sexo, lo acarició, observó otra foto.

Si mi madre me sorprende seguro me mata, pensó, aunque en el pensamiento no había implícito un acto de arrepentimiento o de culpa.

Colocó todas las fotos en el suelo, distribuyéndolas cual si fuera un montaje cinematográfico, el *storyboard* de una película porno. Se deshizo del pantalón y el calzoncillo, dando comienzo a la masturbación sin perder la secuencia fotográfica; él pertenecía a ellas, era aquel imberbe que besaba, lamía, acariciaba, introducía. Gimió, sin dejar de masturbarse escuchó los gemidos de ella, las súplicas de que la penetrara una y otra vez. Sintió, el cosquilleo de la lengua en el glande, en los testículos, la vibración de todo su cuerpo, la mano amasando los senos, bajando hasta el ombligo, jugando con el clítoris, el calor de la vulva en su lengua.

Eyaculó sobre las fotos, como una ofrenda, como eyacularon los mancebos sobre el cuerpo grácil de la mujer. En el acto estaba implícito odio y sufrimiento.

Terminó arrodillado sobre las fotografías.

Lloró.

¡Madre, eres una puta!, gritó y escupió las fotos. Recordó aquella noche cuando el padre también gritó: «¡Eres una puta, una enferma, Mariana! ¡Jamás pensé esto de ti! ¡Putas, cabrona! ¡PUTA!»

Circunstancias de la vida

—He sido víctima de las circunstancias, otra cosa no puedo decir.

—No será que no quieres aceptar la realidad. Te gustan los hombres.

—No, chico, son las circunstancias las que han propiciado esos entuertos. Sucedieron y suceden como el agua fluye por una canal. He sido el instrumento para que esas personas desahoguen sus deseos. También ha influido mi carácter introvertido, el ser reservado, no querer hacerle daño a nadie.

Apagó el cigarro, sirvió ron en los vasos, con el dedo en la boca y expresión de duda caminó hasta el centro de la sala. Regresó al sofá.

—La primera vez fue un vecino. Tendría yo unos ocho años. Él me prestaba un patrullero de pilas a cambio de lamerme las nalguitas. Me daba una cosquilla riquísima —se amasó los glúteos.

—¿Qué edad tenía ese vecino?

—Calculo unos veinte años. Me decía que no podía comentarle a nadie porque de lo contrario no me dejaría jugar más con su máquina de policía. Niño al fin, callé a cambio del juguete.

—¿Te hizo otra cosa?

—No. Fernando era un muchacho muy decente y bueno. No puedo negar que me profesaba aprecio. En muchas ocasiones me regaló soldaditos, crayolas y hasta un libro para colorear. Le tome cariño como si fuera mi tío —enciende el cigarro, aspira—. Sin embargo, con mi hermano fue distinto.

— ¡¿Tu hermano también?! — abrió los ojos de par en par, le cayó ron en el pantalón. Tomó de un sorbo el resto.

— Lo de mi hermano fue distinto, circunstancias de la vida. Andaba en mis catorce años. Después del divorcio, se vino a vivir con nosotros. El apartamento era pequeño, tuvimos que compartir la misma habitación. Había noches en que llegaba ebrio, mi madre me pedía que lo bañara para ella seguir adelantando las tareas domésticas. Me fascinaba hacerlo, tenía cerca su cuerpo velludo, su rabo grande y gordo me llamaba mucho la atención. Quería tenerlo como él. Me dormía lavando esa parte, sus testículos, él se dejaba como un corderito. La ocasión la pintan calva y así fue. Una noche mi madre estaba en el turno de la noche, él llegó, se quitó la ropa y se metió al baño. No sé cómo ocurrió, sin darme cuenta me quitó el short y poniéndome de espalda me penetró hasta saciar su apetito. Me bebí las lágrimas del dolor. Era la primera vez. El pobre, debía de andar mangrino.

— ¿No te defendiste, gritaste?

— ¡Cómo!, si estábamos solos en la casa; además, él era robusto, más alto, y sobre todas las cosas, mi hermano. Fue culpa de la embriaguez.

— ¿Volvió a hacértelo?

— Sí.

— ¿Borracho?

— A veces no.

— ¿Por qué no se lo contaste a tu mamá?

— ¡Estás loco! ¡Cómoirme de lengua con ese disparate! Ella no hubiera creído ni una palabra. Tuve la tentación pero luego lo pensé mejor y desistí, mi madre andaba muy mortificada con esa situación de mi hermano; varias veces la escuché conversar con las amigas sobre lo traumatizado que él quedó a raíz del divorcio. Su mujer era la niña de sus ojos, vivía para complacerla, estaba enamorado perdidamente de ella y la muy desgracia lo tarreó a la careta. La situación trajo consigo su exceso con el alcohol. Como premio a mi silencio, Efraín, así se llamaba, me permitía dormir con él, abrazadito, acariciarle el pecho, sus genitales.

– Eso es de maricones.

– No chico, todo lo ves por el lado malo. Son circunstancias de la vida. Él me daba el cariño que necesitaba, yo compensaba su soledad. Para eso son los hermanos, ¿no? Cuando se casó de nuevo, no ocurrió más.

– ¿Ni una vez?

– Murió en un accidente – bajó la cabeza, el otro pasó su brazo por encima del hombro y lo besó en la mejilla.

– Sírveme ron. ¿Tienes cigarros? Me voy a quitar la camisa para estar más cómodo y así entramos en confianza.

– Las circunstancias me persiguen sin yo quererlas.

– ¡Más! – con los ojos abiertos y el cabo de cigarro quemándolo.

– ¡Cojones!, cualquiera que te escucha piensa que soy maricón. Los maricones son esos que andan por la calle, soltando plumas sin ton ni son, caminando amanerados, metiéndose cualquier pinga en cualquier rincón.

– Los hay atapiñado.

– Igual de maricones, pero con clase.

– Entonces, ¿tú eres de clase?

– No. Lo que sí puedo decirte es que he sido víctima de las circunstancias. Mi educación y discreción son las cualidades que esos hombres han visto en mí para confiar ese secreto que llevan dentro y no pueden compartir con cualquier persona, y mucho menos con esos maricones depravados.

Se sienta cerca del acompañante, le acaricia el muslo, la entrepiernas, le toma la cara y lo besa en la boca. Toma un sorbo de ron, fuma, sonrío. Va hasta el equipo de audio, cambia el disco.

– En la secundaria tuve a un profesor de *basket*, un negro apuesto y elegantísimo. Siempre vestía ropa deportiva. El básquetbol era mi deporte favorito. Fui monitor del equipo. Él tuvo mucha deferencia conmigo. Todo lo que sé acerca de esa disciplina se lo debo a él. Estuvo empeñado en matricularme en la escuela de deportes, decía que yo prometía. Todas las tardes, después de clases, me quedaba a jugar con él, después lo ayudaba a llevar los balones para la

Cátedra. Allí había un libro con fotografías de deportistas famosos, lo hojeaba cuando me permitía. Una tarde él cerró la puerta y me pidió que me sentara en sus piernas para ver el libro, juntos. La experiencia fue inolvidable, su pecho sudado pegado a mi espalda, los brazos cercando los míos, la respiración en mi cuello, hablándome en el oído. Minutos después comenzó a besarme el cuello, pasar la lengua por la oreja, sentí algo duro bajo mis nalgas, se lo hice saber, contestó que era normal. «¿Quieres vérmela?», me preguntó, asentí con la cabeza, la curiosidad me mataba. Sacó su tolete prieto, inmenso, con un glande como un ponqué. Quedé de piedra, hasta ese momento no había visto algo igual, superaba a la de mi hermano. «Tócala», fui recorriéndola de punta a cabo, la acariciaba cual si fuera un juguete nuevo, la admiraba con los ojos fuera de las órbitas. «¿Sabes mamar?», inquirió, respondí que no. Él tomó un dedo mío y lo fue chupando, pasándole la lengua invitándome a hacer lo mismo en su rabo. Lo hice hasta que su excitación llegó al clímax, eyaculando dentro de mi boca. Casi me ahoga con el chorro, me lo tragué por el susto y el miedo.

— Imagino que se lo dijiste a tu mamá o a tu hermano.

— Tienes la manía muy fea de querer contar todas las cosas. Claro que no, él me prometió prestarme un balón todos los fines de semana si guardaba aquel secreto. Comprendí desde el primer momento que si hablaba perdería el privilegio. Cumplió su palabra durante todo el curso.

— ¿Te penetró?

— Nunca. Era muy serio y respetuoso. Él solo quería que se la mamara. De haberlo hecho me hubiera ingresado.

— ¿Te ayudó en lo de la escuela de deportes?

— Intentó convencer a mi madre con miles de razones pero ella no cejó. Su sueño era verme graduado de medicina.

— ¿Por qué no la estudiaste?

— No era mi vocación. Me gustó la ingeniería, andar con los autos. Inclínación motivada por Luis.

— ¿Quién es?

—Un compañero del Pre. Fue mi ángel de la guardia en la beca.

—Singante tuyo, dirás.

—Qué grosero eres, coño. Tienes la mente enferma. Cuando llegué a la beca, entablé amistad con él. Cursaba el onceno grado. Por las noches, al regresar de ver a la novia, se daba una ducha. A esa hora yo también lo hacía porque no soportaba hacerlo con todos esos varones mal educados, llenos de vicios. Luis llegaba tan caliente que la pinga era un obelisco, lo espiaba de reojo y me ponía a mil. Se percató, me llamó y pidió que se la mamara, lo hice con miedo a que entrara alguien y nos viera en tal situación. Después pidió que me virara, acepté en silencio con el temor de ser descubiertos, un escándalo no convenía; también, porque si no aceptaba, él, en represalia, me golpearía, como amenazó si abría la boca. Sufrí amargamente porque no había forma que se viniera. En ocasiones lo tuve que hacer con amigos suyos para complacerlo; como recompensa, me ayudaba en las asignaturas donde tenía dificultades y me inculó el bichito de los carros.

—¿Tuviste novias?

—No, eran unas estúpidas y no estaban a mi nivel. Además, todas son unas interesá y cuando menos te lo esperas, te pegan los tarros con el más pinto de la paloma. Prefería matarme a pajas.

—¿Has templado con una mujer?

—Tú piensas que soy un marciano —le da unas palmaditas en el pecho— estuve casado, pero la relación duró un año, era una egoísta y de malos sentimientos.

—¿Qué pasó? —se sirve ron, enciende un cigarro, baja el cursor de la cremallera.

—Su padre vino a vivir con nosotros porque su hijo no lo quería en la casa. El pobre viejo, era un alma de Dios, no hablaba por no ofender. Le tomé un cariño especial. Cierta día lo vi temblando, me dijo que tenía frío, pidiéndome que lo abrazara para calentarse. Algo parecido lo recordaba de un filme japonés, como la heroína de este,

me desvestí y me metí debajo las sábanas. Cuando estuvo caliente, confesó llevaba años sin tener sexo, a pesar de la edad, su miembro lo tenía tieso como un palo —mueve acompasadamente los hombros—. Esa balada me vuelve loco, es preciosa. Cher es una Diva de verdad. Me dio tanta lástima verlo así, al fin débil como soy, accedí. Cada vez que podíamos repetíamos la experiencia. Después lo vi más animado, más vivo, pero la felicidad en casa del pobre dura poco, su hija nos sorprendió. La puta formó un alboroto de padre y muy señor mío, insultó a su papá y a mí llamándonos sucios, aberrados y cada cochinas que prefiero no repetir. De nada sirvió decirle que aquello no era lo que ella pensaba, era otra historia entre un padre y un hijo. Nos botó de la casa. Cargué con mi suegro hasta su fallecimiento hace tres años. Fueron las circunstancias que nos obligaron —pasa la mano por la verga del acompañante.

—Se lo cuento a alguien mal pensado y dice que soy una mesalina, una yegua, y lo que sí soy es un mártir, me he sacrificado por los demás, he mantenido incólume la imagen y la moral de todos esos hombres. Mira, jamás he comentado de tus visitas.

—Pero no soy maricón. Nunca me la han metido.

—A mí tampoco me hace ser maricón el que me hayan penetrado. Los maricones tienen conciencia de lo que son, aceptan ese destino, disfrutan el acto, la penetración. Se reúnen entre ellos para hablar boberías, cosas de pájaros. No tienen el más mínimo ápice de discreción.

—¿Tú no ...?

—Lo mío es distinto. Vuelvo y te repito, son las circunstancias de la vida. Tú, por ejemplo, vienes cuando tu esposa está de guardia, esa es la circunstancia, ¿te voy a botar?, no, por supuesto que no, te atiendo como mereces, si vienes es porque estás necesitado, ese secreto se va conmigo para la tumba.

—¿Y el jabaito de Recursos Humanos? Ese te pasó la chagara. Lo vi unas cuantas veces encerrarse en tu oficina. Estaba pa'l detalle.

– Ese muchacho tiene una pobreza espantosa. Cada vez que puedo le ayudo en lo necesario, para que salga presentable con su novia. Cree que es su deber retribuirme el favor con su cuerpo. Dime, ¿con qué otra forma me puede agradecer? Jamás lo he presionado, salió de él esa decisión, vino a mí. Son las circunstancias, no me gusta aprovecharme de las necesidades de los demás.

– Oye, esto está más duro que una cabilla, arde más que una braza —lo mira, sonrío.

El otro le toma la cabeza, suavemente la baja hasta su miembro.

La primera vez

Primera noche. 10:00 p.m.

El aguacero diezmo la población en las calles. Pocas personas se aventuran a andar bajo la lluvia. *La Pespunte*, con cara de angustia, escampa en el portal de la farmacia. Mira al cielo y a un lado y otro de la avenida solitaria.

«La cacería estará floja esta noche», pensó, «esta lluvia me da un hambre de mil demonios, de lo farúa que estoy me comería una unidad militar completa.» Saca el lápiz labial y el espejo de su cartera, retoca los labios, se perfuma, abre el paraguas y sale a la calle.

—Es verdad que una pinga jala más que una yunta de bueyes —dice en voz baja para el auditorio ausente—. Si no lucho la de hoy iré a dormir fachá —apura el paso—. Estos tacones acaban con mi columna, pero la belleza exige sacrificio, —sentencia enérgica. Esquiva un charco, dobla la esquina y entra en el corredor lleno de tiendas, al final de la galería ve a un hombre, ¡COMIDA! —grita su mente y los ojos brillan de alegría.

Él observa sin interés a la vidriera, ella ni corta ni perezosa encamina los pasos hacia el objetivo.

—Mango, pide por esa boca y mañana te compro lo que quieras —le dice con voz melosa, al lado de él, sin mirarle a la cara, la vista perdida en el interior de la tienda. Él la mira de arriba a abajo, en su rostro se dibuja una sonrisa maliciosa.

—Lo que yo quiero me lo puedes dar esta noche, loca —responde cogiéndole las nalgas—. ¿Queda muy lejos tu casa?

El Tronco, como lo llaman las hermanas de cofradía, le confiesa que esa es su primera vez. *La Pespunte* siente un regocijo en el corazón, desabrocha la portañuela, lame el miembro digno del mote y el cuerpo de su dueño, justo a la medida de ella. Él se quita el pulóver, muestra el pecho fornido, ella lo recorre con la mano, enfrascada en la felación.

El Tronco la toma por los hombros, la alza, la mira fijo a los ojos, —espero no le comentas a nadie de esto, mira que estoy casado. Ella responde negando con la cabeza.

—¡Qué rico mamas, puta!

Se besan acaloradamente, él la abraza con fuerza, ella se siente muñeca, reina, señora y madre; ¡sí!, porque esa experiencia es como dar a luz.

—Eres el macho que toda mujer desea y necesita —le besa el pecho—, tan varonil, musculoso, esos labios gruesos vuelven loca a cualquiera —lo besa, acaricia la espalda ancha, él le aprieta las nalgas—. Eres bello como una estrella de cine, el ídolo de todas las locas de esta ciudad, digno de quitarse la «T» y parirte trillizos. —Él ríe a carcajadas, dejando ver la dentadura blanca y pareja; la besa repetidas veces, le muerde los labios—. Y yo, *La Pespunte*, te tengo aquí, en mi cama, como Dios te trajo al mundo, haciéndome feliz. Yo, ¡TU PRIMERA Y ÚNICA EXPERIENCIA!

Él le amasa los senos de silicona, los chupa, ella hunde los dedos en el cabello rizo, negro y sedoso de él.

El Tronco baja hasta el ombligo, la lengua recorre el contorno, cosquillea, lo humedece. «Si se lo cuento a *Cuca Brillo* y a *La Tiempo*, se morirían de un infarto esas pájaras», piensa, «pero no puedo fallar a su secreto». Se excita al sentir su glande en la boca del amante.

—Mamas mejor que yo, papi —le dice en un suspiro, la voz entrecortada, él le responde con una sonrisa, introduciendo en su boca el falo completo de *La Pespunte*.

—Si sigues así me la vas a sacar, macho rico.

—Hoy vamos a gozar de lo lindo, mami. Ven, mámame el culo.

Ella acata la orden, lo hace como lo experta que es. El beso negro es su vicio y debilidad. Él gime, se aferra a las sábanas, gime, muerde la almohada. Ella muerde las nalgas redondas, blancas y afeitadas.

— Mami, dime que tengo un culo rico, dímelo.

— Sí papi, tu culo es lo más rico que he mamado en toda mi vida.

— ¡Métemela mami, métemela, lléname el culo de leche, préñame, hazme mujer.

Quinta noche. 11:00 p.m.

Cuca Brillo se siente la loca más dichosa del mundo, El Tronco le ha confesado que ella es su primera y única vez...

People

Los hombres se desprenden de la inocencia
igual que las culebras pierden su primera piel.

JOSÉ MARÍA CABODEVILLA

Cada uno atiende a su cuerpo.
Cada uno se siente estrechado
por un cuerpo sin pensamiento.

HENRRI BARBUSSE

Florita

Se acostó en el suelo, exhausto, rezumando sudor por los poros. Aún el miembro erecto. Mirándola, sonrió: «eres la única que has sabido complacerme — le dijo —. Lo que más me gusta de ti es tu silencio, tu disposición a cualquier hora, sin pedir nada a cambio». Ella miró la pared con indiferencia, ajena a su plática.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? Yo era inexperto, pero al verte, todo mi ser vibró. Tu cuerpo, tus ojos grandes, negros, tristes; tus pestañas seductoras, tu andar sin prisa me arrojaron. También recuerdo cuando el médico me dijo: «Esta es Florita, desde hoy será tu paciente».

Le pasó la mano por la cabeza, besándole el cuello; pero ella siguió inmóvil, con su vista perdida en lontananza.

—Mi amor, nunca te dejaré. Nadie sabe lo nuestro, ni Rafael, mi mejor amigo — le susurró al oído mientras la apretaba contra su pecho —. Tu olor me vuelve loco — su mano recorrió todas las curvas de Florita —. ¿Te gustó el regalo? Lo mandé a hacer especial para ti. Te ves preciosa con ella puesta. ¡Las otras morirán de envidia cuando te vean!

Su venablo endureció: —¡Mira!, estoy a mil, ¿empezamos? — Ella lo miró en su mutismo. Él subió al taburete, le alzó la cola y la penetró.

Los gemelos

Los citó bajo el pretexto de que le ayudaran a mover un mueble. Se muerde los labios al ver tan cerca sus cuerpos desnudos hasta la cintura, sus pechos musculosos, brazos como troncos.

Se aproxima, percibe el olor a semental joven, sudor característico en los de esa raza; hecho suficiente para excitarla.

Después del trabajo les brinda refresco. Ellos beben y la observan. La bata traslúcida, pegada al cuerpo, delata la desnudez que cubre. Ella los mira alevosa, «es hoy o nunca», grita por dentro. Sin perder tiempo faja a las portañuelas.

Los gemelos poseen lo que ella ansía. Son jóvenes, recién salidos del cascarón, como dice ella, virilidad en flor, piel de ébano, cuerpo de estibadores, la boca grande, los labios gruesos. Cuántas noches pensando en ellos, no le quedó otra alternativa: tomar la tonfa del marido y penetrarse hasta la saciedad.

Los descendientes de África permiten el manoseo, sus manazas acarician los senos a través de la bata, ella besa el pecho de uno y de otro. Siente despertar el animal enjaulado el cual crece con el trabajo manual. Les baja los pantalones cortos, admira los penes descomunales, de glande del tamaño de una pelota de tenis. Prosternándose pasa la lengua, intenta esconderlos en la boca, los balanos hinchados imposibilitan el antojo, conformándose en recorrerlos a lengua viva, acariciarlos con el rostro, la fiebre emanada de estos estimula aún más el apetito.

Los hermanos rompen la bata de un tirón. Cada uno toma un seno y lo chupa vehementemente, la lengua gira

alrededor de la aureola, muerden el pezón. Ella exhala suspiros sin dejar de masturbar las anacondas prietas.

Uno la levanta en vilo, la pone de cabeza, quedando la boca frente al sexo abierto, lo baña de saliva, le sabe salado. La seductora, aferrada a las piernas del estibador, succiona los testículos. Ahí encuentra la emanación que siempre buscó y jamás halló en el esposo. El otro muerde los glúteos, disfruta del orificio escondido, introduce un dedo, ensaliva, penetra dos dedos, y con el falo le golpea la espalda.

Los hermanos cambian de posición, ella siente mareos pero no le importa, «más vale morir así y no de inanición».

—Te vamos a calzar, puta —sentencia uno y le muerde la nalga.

—No. Yo quiero otra cosa —responde y los lleva al baño.

Allí vuelven a la carga, uno relame la papaya, otro pasea el miembro alrededor de los pezones, ella se da nalgadas. Los jóvenes sudan a raudales, el olor va *in crescendo* y enloquece a la mujer.

El rostro muestra lascivia, les habla al oído a cada uno, se arrodilla, ordena descarguen las mangueras prietas. En lo que dura un Amén una lluvia dorada la baña de cabeza a pies. La tibieza de la orina le provoca un gozoso orgasmo.

El otro

Parándose frente al otro lo contempla con lujuria. De cabeza a pies recorre milímetro a milímetro el cuerpo fornido, sonrío.

—Esos bíceps están para comérselos a mordidas —le dice palpándolos— y este pecho, este pecho está para saltar sobre él, tomarlo de almohada, es el Everest; así afeitadito es una delicia, —su mano acaricia de arriba para abajo, de izquierda a derecha. El otro se deja tocar en absoluto silencio.

—Superman, Batman o Arnold a tu lado son unos enclenques, distróficos —sentencia lanzándole un beso— de un tiempo para acá te has puesto precioso, digno de revistas —vuelve a recorrer visual y manualmente el torso del otro hasta llegar a los labios, recibiendo de contesta una risa pícara.

—¡Macho como tú no se encuentra en cualquier esquina! Eres un bombón de exportación. La putas babean por ti, hasta la vieja vendedora de cigarros diera lo que no tiene para tenerte en la cama. Pero tú no eres para esas carroñeras, sólo puedes ser mío. —El otro responde con silencio.

—Eres digno de una reina, pero que pague quien desee ver ese cuerpazo, esa mole de belleza. ¿Yo?, yo si puedo vacilarte por completo, sin complejos. Ahora, date la vuelta —pide con brillo en los ojos—. ¡Qué espalda, machote!, esas nalgas están hechas a mano, ¡tan redondas! —las aprieta, da un par de nalgadas en cada una.

—¡Papi, no tienes desperdicio, eres digno de adoración! De verte así, la pinga se me quiere partir en ocho. ¡Ves cómo me pongo! ¡No aguanto más!

Él, exaltado, escupe la mano, toma el miembro viril y comienza a masturbarse con desespero. Su aliento sobrecitado empaña el inmenso espejo, que refleja por completo su cuerpo solitario.

La bibliotecaria

La vio días después de llegar a la Unidad Militar. El Instructor la presentó como a su hija, la Bibliotecaria del recinto.

«Esa trigüeña está para chuparse los dedos», pensó al verla.

—No hay peor gestión que la que no se hace —dijo para sí— por ello iba a la Biblioteca cada vez que el tiempo y las obligaciones lo permitían. Los libros no le importaban, solicitaba cualquier título o alguno sugerido por ella. Era el marco propicio para estar cerca, hablar, rozarle la mano y, luego, en la soledad de la ducha o del dormitorio, masturbarse.

De la palabra pasó a la acción. Le mandaba cartas de amor dentro de los libros, sin recibir respuestas. Ella al verlo sonreía tímida con la cabeza gacha. No se amilanó, siguió la cruzada con la idea de que el que persevera triunfa, continuó echando leña al fuego, escribía dos cartas diarias y la esperanza en vilo.

A la semana recibió una contestación efusiva y pasional, donde ella le explicaba el temor por su padre, que era casi un ogro. Suplicaba discreción.

Las primeras cartas tenían la carga romántica de Corín Tellado, pero a medida que pasaban los días fueron tornándose eróticas hasta llegar al sexo epistolar. Tanto más cartas recibía, sus masturbaciones aumentaban. En una ocasión envió la misiva con la eyaculación de la víspera.

El momento para entregarse en cuerpo y alma no llegaba. Ella le pidió paciencia, su padre no la dejaba sola ni una hora. Debían esperar la oportunidad.

En algunas de sus visitas a la Biblioteca, el Instructor se encontraba y siempre lo observaba de una forma rara, que se le antojaba inquisitorial, haciéndole pensar que sabía del romanceo a pesar de sus esfuerzos por mantener el secreto. Temía que, por su rectitud, pudiera mandarlo a una celda de corrección.

Ella lo citó a su casa en un domingo, él llegó con la portañuela alterada. Cerraron la puerta comiéndose a besos, fueron hasta la habitación y se despojaron de la ropa que aún les quedaba sobre el cuerpo.

Minutos más tarde ella le pidió un momento para ir al baño. Quedó con el falo como un obelisco. Ella se presentó con risa pícara y le comentó que le tenía una sorpresa. Acto seguido entró el Instructor. El corazón quiso salirse del pecho.

Ella con voz melosa expuso: —Padre, ahí lo tienes como acordamos. ¡¡¡Es todo tuyo!!!

Lluvia

Para él la lluvia sólo puede traer amargos recuerdos, prefiere enterrarlos. Camina hasta la ventana, descorre la cortina. Lluve a cántaros. El cristal amenaza con quebrar por el constante tintineo.

Toma la cuarta copa. La vista perdida en el infinito. Está sumido en tristes pensamientos. Abandona su postura, se acerca al sillón frente a la cama. La muerte es la culpable de su infortunio, no tuvo piedad de arrancarle lo máspreciado, le jugó una mala pasada. Se sirve más vino, apura la copa de un sorbo. Enciende un cigarro.

La conoció un día lluvioso. Coincidieron en el portal de una tienda. Ella reparó en la ropa mojada de él aludiendo que podía resfriarse; respondió tener la salud de un toro. La lluvia le fascinaba pero los libros en sus manos frenaban los deseos de seguir camino. A ella le tentó la idea, ofreciéndose a guardarlos en su bolsa y aventurarse bajo la lluvia. Fueron dos niños felices.

En el rostro se dibuja una leve sonrisa. Apaga el cigarro a medio terminar, enciende otro, en la primera bocanada le parece ver el rostro de la amada. Se limpia los ojos para apartar la imagen, toma otro sorbo, la mano juega con la portañuela.

Después de recorrer varias calles, él la trajo hacia sí, la besó con pasión sin ser rechazado. Le besó el cuello, desabrochó la blusa, saltaron dos senos empinados; mordió uno, lamió el pezón del otro, la mano libre apretó los glúteos. Ella suspiró, se mordió los labios, cerró los ojos, entremezcló los dedos en la cabellera de él. Se acostaron

en un banco del solitario parque de barrio. Aquello fue el comienzo de un amor novelesco.

Se para del sillón, regresa a la ventana, observa cómo la lluvia lame el cristal y lo humedece, amasa su pene, este endurece. Se deshace del pantalón, la verga al lograr libertad plena se levanta cual pirámide, se ensancha. La acaricia, la imagen de ella felándosela se le hace viva, siente la lengua recorriendo el glande, el tronco, el frenillo.

Al año del primer beso ella enfermó gravemente, contra toda esperanza. Él no la abandonó ni un segundo, aferrado a un milagro. Aquel día cayó una lluvia torrencial, ella desde la cama vio las gotas correr por el cristal, pidió la llevara afuera; él obedeció dándole el último beso bajo la lluvia.

Hoy, como aquella vez llueve, él no puede dejar de pensar en ella, en su cuerpo esbelto, ágil, atractivo, el sexo húmedo. El venablo late con cada pensamiento, lo toma y se masturba al compás de la lluvia.

Lyla

Será estrella porno, sus filmes cotizados, buscados por admiradores y enamorados, saldrá en las portadas de las revistas especializadas en el tema, calendarios, postales, en el *porno channel*.

Ser la nueva revelación del cine X es su máxima. Aprieta entre sí los enormes senos, les pasa la lengua. Esas si son tetas, asegura, no hay silicona que logre algo así.

Se ve sobre la cama isabelina del estudio con dos actores francoárabes disfrutando de sus pelotas de carne, ella gimiendo de placer, sintiendo o fingiendo. Besa los pechos, acaricia. Aquellos hombres mordiendo sus pezones. Palpa minuciosamente la vulva, la abre en dos, estimula la sensación que viaja por todo el cuerpo y lo eriza.

Cierra los ojos, las cámaras hacen *close up* en dicha zona, abre bien, para dejar ver el rosado provocador. Introduce el dedo, los amantes la besan y se masturban.

Filmará con Rocco Sifredi, él es el sueño de toda *pornostar*. Ella será su nueva Rosa Caracciolo. Tendida en la alfombra persa, piernas abiertas, él degusta su pubis afeitado, saborea el clítoris, la monta por detrás y descarga el semen en su busto. ¡Cómo disfrutarán ese momento!

Ella será la diana de las masturbaciones iniciáticas de los jóvenes. Estos tendrán recortes de sus fotos debajo de los colchones, en los escaparates, pensarán en ella antes de dormir.

Aprieta los senos, la mano recorre el cuerpo, llega a la entrepiernas, se unta un poco de mentol; el frío va en pos del interior, la sensación aumenta su apetito sexual. Se

penetra, muerde los labios, juega con el dedo en la boca. El ejercicio la excita sobremanera.

Toma el pene de madera, lo lubrica y lo introduce. Siente los agridulces aromas de los francoárabes, ellos la bañan con sus lenguas, permiten la felación. La cabalgan por delante y por detrás a la vez.

Sueña con ser estrella porno, pero siempre estará el grito de su madre:

-¡Lyla!, no sueñes tanto, coño, despierta, TE FALTAN LAS DOS PIERNAS, ¡LAS DOS PIERNAS!, por favor, ya basta, VIVE LA REALIDAD.

Ofas

— *Yo te buscaba y llegaste y has refrescado mi alma que ardía de ausencia.*

— Tú siempre tan romántica — le mesa los cabellos negros, lacios, los huele; besa la frente, nariz, labios.

— Llegué a pensar que nunca nos volveríamos a ver. Tu perfume, cual fantasma ronda por todos los rincones de esta habitación desde la última visita. Toma las manos que le acarician los senos y las besa repetidamente—. *Me he enamorado de ti hace ya tiempo.*

Es silenciada con un beso, el cuerpo se enerva mientras es recorrido por caricias y besos. Los senos vibran al contacto de la lengua con los pezones. Gime, se muerde los labios, gime.

— *¿A quién, novio, podría yo bien compararte? A un sarmiento frondoso de vid te comparo.* — Besándole la cabeza se la hunde entre los senos.

— Yo te comparo con la hembra más dulce y apetitosa conocida hasta hoy. Te haré gozar de lo lindo, mi poeta.

Llega hasta el sexo afeitado, pulposo, lo besa, olfatea, lame suavemente, introduce la nariz en la ranura; esta se le antoja un melón recién cortado. El rojo brinda aroma apetecible, atrae, invita a ser devorado. El olor arrebató los sentidos, la libido. Agita la lengua de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, degusta el sabor a mujer encabritada. Succiona el clítoris y frota el sexo con la yema de los dedos.

— *Vamos, arriba el techo. ¡Himeneo; Mucho más alto* — recita, gime, se aprieta los senos, introduce el dedo en su sexo húmedo—. Vuelvo a encontrar el cielo. Ven, besa mi boca, trasmite su esencia, vive el calor que ella emana.

Se besan con la pasión de dos adolescentes quienes descubren el sexo, los amantes tras un largo viaje. Para la poetisa, el sexo es un poema largo, extenso igual al falo de silicona que le brinda su amante. Ella lo acaricia, lo frota en el rostro, senos, lo introduce en la boca, succiona, cierra los ojos, succiona y su clítoris es succionado.

—*A una muchacha yo vi, tierna, que flores recogía. ¡Si penétrame, amor, penétrame!, pienso yo que jamás joven habrá que se pueda decir que en saber se parezca a ti. Toma esa flor y siémbrela justo entre mis piernas.*

La amante se coloca el arnés y penetra a la poetisa.

*...dormirás sobre el pecho de una blanda
amiga...**

* Todo lo destacado se corresponde a versos de Safo. N. del A.

El voyeur

La oportunidad la pintan calva y aquella fue la de él. Los arbustos y ramajes del jardín formaban un muro, lo dejaban fuera de las miradas de transeúntes y vecinos chismosos. Esa noche, la poca luz artificial confabuló a su favor, aún así el corazón era un tren de alta velocidad.

Esta es mi noche, pensó. Miró hacia el interior de la habitación iluminada a medias. La pareja estaba tan cerca de él que podía escuchar la conversación, los besos apasionados, la risa de la mujer.

Instintivamente observó la calle semioscura, la acera, corroborando la seguridad de la trinchera. La ocasión era perfecta, la calma también le era propicia.

—Están ajenos a mi presencia. Hoy actuarán para mí en un solo episodio —se dijo, y los ojos le brillaron de lujuria. Acarició su pecho velludo, la entrepiernas, sobó la portañuela—. Hoy si vamos a gozar de lo lindo, «Juanita» —susurró con la mano sopesando su sexo. Mostraba cara de picardía y complicidad. Pasó la lengua por los labios, sonrió, volviendo a observar hacia la calle.

Él no perdía detalles del abandono de placer, la degustación sexual, la entrega en carne y espíritu, la pasión devoradora de cuerpos. Su mente estaba conectada al acto mismo. Podía percibir por todos los sentidos, el sudor que rezumaban, los olores que transpiraban los sexos potenciados; vibraba con los gemidos femeninos y las groserías que proferían.

El cuerpo estaba preso de la sensación más extraña que había tenido, entre el nerviosismo de ser descubierto y el embotamiento de la mente. Sentía un hormigueo desde la

cabeza hasta los pies. Apretando el miembro viril lo recorrió en toda su longitud, se mordía los labios, volviendo a escudriñar la calle y la acera cada vez que escuchaba voces.

Por la postura en que se encontraba tenía calambres, le molestaba, pero el oficio lo requería así. Además, ocasiones como esa no abundaban, por ende, había que aprovecharla. Llevaba días en la persecución de algún sitio para satisfacer su necesidad, las lluvias y el trabajo lo impedían.

Pensaba que las personas a las cuales espía estaban necesitadas de tal acto: él se encargaba de satisfacerles ese deseo, se mostraba con un Rey Mago, una Hada Madrina o el Genio de la lámpara maravillosa. Su trabajo, pensaba también, debía de ser reenumerado ya que no siempre encontraba ocasiones como la que observaba. Debía caminar calles y callejones para encontrar un lugar ideal, aunque a veces no fuera digno. Lo mismo hallaba una pareja en la manigua, que en baños públicos, calles desiertas o en casas a oscuras. En ese último caso, su mente trabajaba todo el tiempo ayudada por los oídos, en esas ocasiones la acción era más rica, porque él dirigía. Y en todas con los nervios en punta. Si lo descubrían no lo pasaría nada bien. Gajes del oficio, a pagar por peligrosidad.

Desabotonó la portañuela, amasó su pene y los testículos, respiró profundamente y pudo sentir el olor que emanaba la pareja sobre la alfombra. Con la mano libre acarició su pecho y los muslos. Pasó a la masturbación con el mismo ritmo de la cópula prolongada de los amantes. Entre más gemía la mujer, más se excitaba él.

Cerró los ojos y al abrirlos estaba cabalgando a la mujer mientras ella arañaba su espalda, le mordía el pecho, le daba las gracias por poseerla y hacerla feliz. Cambiaron de posición, ella encima, él controlaba la situación. Apretaba las nalgas de su puta, los senos, mientras ella sonreía, el sudor corriéndole por el pecho, las piernas, empapando la alfombra. La cabeza a punto de estallar de tanto pensar y sentir.

Ella le pidió le echara el semen sobre sus senos enormes. En la pantalla eyacularon al unísono; la hembra verbalizó, él macho la ahogó; y el chico, que observaba el filme porno, exteriorizó también su júbilo, por lo bajo, para no ser descubierto.

X vs Y

Vad: kmo t llamas?

Fly: eleonor.

Vad: x la cancion d los beatles?

Fly: no. mi madre tnia una munneca con ese nombre.

Vad: entonces... eres una munneca.

Fly: de carne & huesos?

Vad: y con sexo?

Fly: every day.

Vad: kmo t gustan los hombres?

Fly: hots.

Vad: me llaman vesubio.

Fly: me encantaria escalarlo.

Vad: tngo una braza ke t puede intresar.

Fly: yo, la chimenea.

Vad: tus senos, kmo son?

Fly: redondos & medianos. apetitosos!

Vad: los tengo en la boca, sientes kmo t los mamo?

Fly: asi me gusta, pasame la lengua bien suave.

Fly: MUERDEMELOS!

Vad: cog la braza y agitala para animar el fuego.

Fly: ke caliente esta!

Fly: sigue con el dedo en donde tu sabes.

Vad: t lo voy a comer.

Fly: chupa 1ro para ke saques el jugo.

Vad: mi lengua sta saboreando el nectar d tu colmena.

Fly: la mía lame los pezones ke tanto t gustan.

Vad: mejor t la quemas con mi potente braza.

Fly: papi, suave con la colmena, me vas a derramar la miel.

Vad: eres un terremoto.

Fly: tu, un tsunami.

-.....

Vad: t bombardeo la cueva?

Fly: no. banname con tu lava. kmame los senos y la cara.

-.....

Fly: cuando nos vemos en persona?

Vad: no me acuesto con putas electronicas.

Fly: CIBERMARICON!!!

La Ceremonia

Para Maese Alfredo

Comenzó con la idea de una reunión informal, de esas que agrupan a los amigos para charlar de cualquier tema, aderezada con algunas copas y buena música. Comentaban películas antológicas, libros indispensables, intercambiaban sueños, experiencias, alguna que otra aventura.

Al tomar cuerpo, uno propuso darle forma y seriedad, así sería algo duradero, con base sólida. Otro sugirió crear algunas reglas por donde guiarse y evaluar el funcionamiento del grupo; esto implicaba el modo de captación y selección de los miembros, de esta forma no presentarían problemas en la ejecución.

La edad de neófitos e integrantes oscilaba entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años, pues los jóvenes son inexpertos, inmaduros e irresponsables y los viejos llegan a ser retrógrados, extremistas, a veces incapaces de adaptarse o aceptar el mandato de un superior, según expuso el más joven. Además, intervino otro, todos debían ser casados, con una familia y una moral intachable en la sociedad. El adúltero no tenía cabida entre ellos.

Como todo grupo que se aprecie de serio y responsable, tenía una cabeza representante y un equipo de apoyo, aunque siempre existió democracia e igualdad a la hora de sugerir los temas a discutir o filmes a ver. Este equipo cada año era elegido en pleno y debía ser aprobado por unanimidad.

No se olvidó lo de cotizar. Ese dinero se destinaba a la compra de materiales y al mantenimiento de los equipos y el local de las tertulias. Tampoco se descuidó la liturgia para la ceremonia.

El local para las reuniones y ceremonia debía ser seguro y reservado, para ello buscaron por toda la ciudad y al fin encontraron unas naves de un taller para autos. Lo compraron y montaron una biblioteca-librería esotérica. Esta fue una buena pantalla para justificar sus reuniones secretas y para la segura entrada económica.

El nombre que los identificaría lo dejaron en siglas. De este modo estaban a tono con lo del esoterismo, ocultismo. Y como sus siglas rezaban, debían andar anónimos, o sea, fuera del círculo nadie podía hablar de la existencia del mismo.

Para elegir nuevos candidatos, era menester plantearlo en reunión extraordinaria, dar a conocer al futuro novicio, presentar las cualidades morales y el por qué se pedía su admisión al grupo. El caso se estudiaba en profundidad, se realizaba una averiguación exhaustiva del aspirante. Este último nunca podía saber que estaba siendo estudiado para pertenecer a la Hermandad.

Después de las pesquizas, el que proponía hablaba con el posible candidato. Si este aceptaba, se le realizaba una entrevista de sondeo por el equipo de dirección, si lograba rebasarla, se hacía partícipe al Círculo para el escrutinio final y de esta forma se aceptaba al novato.

Pasada la edad reglamentada, el miembro solicitaba formalmente su separación, esta se le entregaba con honores y una despedida decorosa. El ex miembro quedaba bajo juramento guardar fidelidad a la Hermandad y su Ceremonia.

La Ceremonia era el culmen y razón de ser de la Hermandad. Se realizaba mensualmente, miércoles en la noche. Antes del acto no se debía ingerir bebidas alcohólicas ni tener sexo. Se requería sobriedad y control total de cuerpo y mente. Después del cuarto de hora reglamentado para charlar en el salón protocolar, pasaban al *Sancto Santurorum*. Cada miembro tomaba el lugar que le correspondía.

El sacro recinto era ancho, de forma circular, decorado con altos vitrales, lámparas antiguas de arañas pendían

del techo abovedado, las paredes pintadas en rojo carmín; los nichos donde los miembros tomaban lugar estaban entre columnas dóricas. Se respiraba olor a incienso de sándalo.

El Maestro de Ceremonia ofrecía una sinopsis del filme elegido para la sección y los valores que el mismo entrañaba, director y actores; además de una ficha técnica de los últimos.

Se apagaban las luces, dando paso a la proyección porno. Desde sus lunetas, los espectadores tenían fantasías y se masturbaban. Todos debían verter el semen en una copa.

Terminada la exhibición, con carácter obligatorio, la ofrenda del rito orgásmico debía derramarse en una maceta que se encontraba en el centro del templo.

Compañeros de infortunio

Al silencio de la casa subían risas vanamente desgranadas. El eco se impregnaba en las viejas paredes. Del tumulto surgió el rumor de unos pasos. Se abrió la puerta. Deslumbrantes, dos sombras mezquinas, roídas a la claridad, esconden la zozobra. Parecen acosadas, titubean, una junto a la otra en el umbral. Entran. Se sientan en un desvencijado mueble, miran en derredor con la respiración entrecortada, se miran con rostros casi idénticos, la humedad cala los menudos cuerpos, se toman las manos, sudan.

– Viste, no hay nadie.

Se miran. La poca luz solo percibe dos caras asustadizas, sudorosas, intentando mostrar una sonrisa. Vuelven a recorrer visualmente la habitación. Por la pequeña abertura en la pared del fondo penetra el ruido de la calle, las bocinas de los autos, las voces de los vendedores y los niños jugando; el mundo que los aleja y los acerca.

Una mano señaló la cama sin ropas, los percheros sin prendas, la mesa desierta, las cortinas desteñidas, el polvo en los retratos de la pared, la premeditada devastación de las habitaciones vacías. Aquella mano tembló.

El susto los estremece en su interior, no pueden esconder el miedo, secan el sudor de las frentes, sienten reseques en la garganta.

El más delgado fija la vista en las sombras proyectadas en el mosaico. Se oyen los latidos de su corazón. Aprieta la mano vecina, otra mano temblorosa.

– Estamos solos... Nadie nos ha visto.

Aquel

Aquel, con el cigarro en la boca, hurga en sus bolsillos con ansiedad, yendo hasta el banco frente al suyo; pide fuego al otro fumador para luego tomar asiento junto a él. Absorbe nervioso. El deseo de desahogar lo consume, le habla al otro del tiempo, del verano próximo, de las futuras lluvias, recibiendo apenas monosílabos, o movimientos de cabeza. Dos extraños sentados uno al lado del otro.

—Las mujeres son el demonio, socio. Llevan al infierno a cualquiera —continúa el recién llegado, con el firme propósito de extender la conversación.

—Yo creo que sí contesta el otro.

—Hice el papel del vaina —dice y se pasa la mano por la cabeza—. ¡Tremendo papelazo!

El otro lo mira por primera vez. Ante él ve a un hombre con cara abatida, de puro cansancio y molestia. Aspira el cigarro, exhala el humo, respira profundo y no percibe olor etílico en aquel. Apaga con el pie la colilla, se levanta. Siente que lo sujetan por el brazo.

—Socio, déjame contarte lo que me sucedió.

En la mirada percibe angustia, un pobre hombre con necesidad de hablar. Por instinto pone la mano sobre la de aquel, siente como le tiembla, la aprieta y quita presuroso. Finge disgusto y vuelve a sentarse. Saca otro cigarro, lo enciende y exhala la primera bocanada.

—A ver, ¿cuál es tu problema? —dice, dándole una palmada en la espalda.

Aquel, con deseos de compartir lo que le quema, se explaya con lujos y detalles de lo que trae entre pecho y corazón; todo relacionado con una mujer de la cual tenía un alto

concepto de honradez. Por un pelo escapó de la casa de ella cuando el esposo, que nunca había mencionado, llegó. Con el apuro y el susto en la garganta perdió la billetera, y lo que ansía es darse unos tragos.

— Los bares a esta hora están cerrados. No podrás matar la mona — responde haciéndose partícipe del diálogo por primera vez. Le brinda el cigarro del que fumaba, aquel lo acepta con gusto.

Lo ve fumar con ansiedad. Lo recorre de pies a cabeza. Aparenta ser joven, no pasa de los treinta años a lo sumo. Su físico cuidado y varonil.

— Esa mujer me tenía comiendo en su mano — dice aquel — le propuse matrimonio y ella había aceptado. Oiga, no sé cómo estuve tan ciego.

— Todas son unas singá, se hacen las inocentes, las buenas y te clavan el puñal cuando menos te lo esperas — sentencia el otro — por eso, hay que machacarlas bien duro, llevarlas a punta de pie, a paso de conga y sin tumbadora — cierra el puño.

— Envuelven a malanga y al puesto de viandas.

— Son unas hijo e putas, eso es lo que son — responde apretando el muslo de aquel, que lo mira receloso, y le pide disculpas.

— No hay cráneo, compadre.

El que momentos antes quería irse, invita a su casa al desafortunado. Está a dos cuadras; allá tiene una botella. A él también le hace falta tomarse unas copas y para beber solo, prefiere la compañía de aquel.

— No te fijes en el reguero, acabo de alquilarme; a igual que tú tengo mis vivencias — dice mientras sirve el ron.

El invitado apura el vaso.

— Si quieres quítate el pulóver para que estés más cómodo.

Aquel acepta, dejando ver un pecho afeitado, con músculos definidos. El otro lo contempla por unos instantes. Se miran en silencio.

— Cuéntame, ¿a ti qué te pasó? — pregunta para entrar en confianza.

El otro se sienta en el sofá junto a aquel, bebe un sorbo, enciende un cigarro, le brinda a su compañero.

— Mi historia fue con mi esposa. Levábamos cuatro años de casados, con dos hijos pequeños. Me pegó los tarros con uno de su trabajo.

— Eso sí es duro.

— La muy puta, no le faltaba nada, la complacía en cuanto capricho se le antojaba y tarrearle con ese negro e mierda, muerto de hambre. La paliza que le di nunca la va a olvidar.

— ¿Te acusó?

— No tuvo cojones pa' eso, tampoco el cacho' e' mono ese, sabían que yo sí le volaba la cabeza a las menos cuarto. Le dejé la casa por los niños; ellos no tienen la culpa de tener a una yegua por madre — frunce el ceño y termina lo que queda en el vaso —. No puedo permitir que pasen trabajo, ante todo son mis hijos.

— ¿Funciona esa casetera? — pregunta aquel para cambiar de tema.

El otro asienta con la cabeza. Se para y llena los vasos.

— ¿Tienes «pellejo»?... ¡Ponla!

El anfitrión va hasta una caja, saca un casete y lo coloca en la máquina reproductora de video. Toma asiento en el mismo lugar. Observan la película.

— ¡Son unas malditas, pero qué buena están! — exclama aquel.

— Anjá. Le sacan la leche hasta a un muerto.

La botella está vacía. Se va la luz eléctrica.

— ¡¡¡¡Ñooooooo!!!, qué maricones son, en lo mejor del palo — grita aquel — ¿Ahora qué hacemos?

El otro, en un susurro responde: — Aprovechar la oscuridad — mientras aprieta la portañuela caliente de aquel, que no ofrece resistencia.

La disyuntiva

I

— ¿A qué piso va? — preguntó Tomás, recorriendo visualmente el cuerpo de la muchacha.

— Al décimo.

La observó. Era joven, atractiva, sensual. Vestía bermuda y camiseta de *lycra* que a duras penas escondía sus grandes senos. Piel trigueña, pelo largo, negro, sedoso, recogido en trenza. A sus lados, dos jabas repletas con la compra del mercado.

— ¿Es vecina del edificio?

— Me mudé hace un mes — contestó secamente, poniéndose las gafas sobre la cabeza.

Quiso ayudarla con la carga, ella no aceptó. Se bajó en el décimo. Tomás continuó viaje hacia su apartamento, situado dos pisos más arriba. Conservó la imagen de la chica en su mente. Supuso debía tener la edad de su hija.

«Debe vivir sola», pensó, «porque si no, no cargaría esas jabas tan pesadas». Se desvistió y preparó café. «Orgullosa sí que es». Sentado en el viejo butacón degustó su taza. «Orgullo sano seguramente... eso es propio de su edad». Apuró el último trago del negro néctar y fumó con parsimonia.

«¿Cómo se llamará?», caviló. «Debe tener un bonito nombre... o tal vez de esos modernos que tanto se estilan ahora, pero que no se pueden ni pronunciar», sonrió. «Sus ojos parecen caramelos de miel, y la boca, esa boquita está para comérsela a besos, mordérsela».

Encendió el televisor. La pantalla trasmitía imágenes de un accidente en Rusia. Entró al baño, orinó y tomó una ducha. Calentó la comida, comió en la cocina y fregó la vajilla. Fue hasta la mesa del comedor para terminar el

informe. Traía trabajo para la casa con el fin de no aburrirse y ocupar la noche cuando la televisión no ofrecía nada de interés, o no tenía filmes de los que le alquilaba a Mandy, el CVP.

Al acostarse intentó recordar la última vez que tuvo sexo. Un año atrás, con Martha, la auxiliar de limpieza de su empresa. Mientras los demás se habían ido a almorzar, se revolcaron en su oficina. Ocurrió entre la prisa, el susto y el miedo. Eyaculó apenas penetró a la mujer. A Martha le importó bien poco el «mal palo» porque de todos modos obtuvo los 200 pesos de la apuesta que le habían hecho los del departamento donde trabajaba Tomás. A pesar de que nunca se enteró de aquella maldad, la experiencia lo frustró y jamás intentó repetirla.

Mandy, también tenía contacto con putas que singaban por dinero. Las mejores eran en pesos convertibles, pero Tomás no poseía ese tipo de moneda, por eso se conformaba con las baratas, en moneda nacional. Recordó que la primera, y única que le buscaron, fue una negrita coquitimba, flaca, con peluca y maquillaje de cabaret, que apenas llegó, masticando chicle, le dijo: «Papi, mamártela, veinte; que me lo mames, quince; manosearme las tetas y chuparlas, diez; y el palo, cincuenta. También hago «tortilla» por sesenta y «cuadros», sin fotos ni video, por ochenta. Coge la oferta, que estoy en temporada baja porque si no, no tuvieras bolsillo para singar con la Naomi Cambell.»

Aquello fue suficiente, así que buscó consuelo en las películas porno que le alquilaba al multifacético CVP. Viéndolas, en la soledad de su habitación, se masturbaba hasta quedar exhausto.

Movió la cabeza para espantar aquellos recuerdos, o mejor, para pensar en la muchacha del ascensor, en su imagen de muslos gruesos, de prominentes tetas moviéndose al compás de las caderas estrechas, en el culo grande, redondo, macizo. Acarició su miembro erecto; los huevos se humedecieron con una lengua imaginaria, en su oído resonó una respiración entrecortada, imaginó una mordida

en la garganta. Deseó tenerla entre sus brazos, acariciar el cabello, chupar los senos, morder las nalgas, penetrarla con violencia, «para que se la sienta bien», se dijo. Entonces se masturbó.

Al siguiente día volvieron a coincidir en el ascensor. Ella venía acompañada por un hombre de rostro osco, mirada agresiva, delgado, desgarbado, manos callosas, largas, y con dedos gruesos. La traía abrazada por la cintura. Tomás saludó sin recibir contestación. La observó por el rabillo del ojo y se acomodó en el fondo del elevador. Discretamente aspiró la fragancia del perfume que flotaba en el reducido espacio, se excitó su imaginación, la libido. Colocó el portafolio delante de la portañuela para ocultar la erección. Ellos se bajaron en su piso, él prosiguió su viaje, pero su mente voló junto con el perfume, «así hueles, putica, tu bollito será un manjar para devorarlo; cuando te agarre te la voy a echar to´a sobre esas tetonas», dijo mentalmente, y se masturbó allí mismo.

En el apartamento, conectó el DVD y puso una película porno. Viendo las escenas, imaginó verse de aquella manera con la joven, lamiéndole el clítoris, la vulva, mordiendo sus labios, penetrándole el sexo con su lengua, apretando sus senos, meneando su miembro entre los abultados pechos; ella se lo mamaba, se lo escupía, lo mordía, se golpeaba la cara con el miembro enardecido, cabalgaba sobre él. El hombre de rostro osco era partícipe de la orgía, la joven le devoraba el rabo, le mordía su pecho tatuado, el tipo le abofeteaba la cara para excitarla más, ella lloraba, sudaba, suplicaba que los dos se las metieran por detrás y terminaba bañada de semen. Tomás se excitó nuevamente y jugó con la verga hasta chorrear de esperma la pantalla del televisor.

II

Se sorprendió de verla ante su puerta. El trato con ella se había limitado a saludarle cuando coincidían en la entrada del edificio o en el elevador, o cuando le permitía ayudarla con las jabas de las compras, y siempre hasta que llegaban

al décimo piso. Nunca le había dicho a la muchacha cuál era su apartamento, pero allí se encontraba, llorando, nerviosa, suplicándole que la dejara entrar.

Sentada en el sofá, lloró a sus anchas. Él no preguntó nada, se limitó sentarse a su lado. Le pasó el brazo por los hombros, con cautela acarició su pelo y el cuello, la besó en la cabeza, las mejillas, y finalmente en los labios. Ella en un principio lo rechazó, pero Tomás no se dio por vencido, con suavidad y tacto insistió hasta vencerla en la lucha. Ella lo besó repetidas veces, lo abrazó, lo apartó, lo abrazó, lo besó. Terminaron teniendo sexo sobre el incómodo mueble; él, con placer de entregarse y recibir lo ansiado; ella, para mitigar el dolor que la consumía. Quedaron abrazados, sudorosos, sonrientes.

A la joven aquella intimidad le fue propicia, era una puerta abierta a la confianza, el momento para abrir su pecho, para desahogarse; entendió que la eternidad era nimia ante el tiempo que llevaba reprimiendo sus sentimientos. Quería hablar de su vida.

Tomás conoció la desdicha de Marcia. Vivía alquilada con Alexis, el hombre con quien la había visto en el elevador. El tipo, aunque era ladrón, estafador y drogata, la complacía hasta en el más mínimo capricho, menos trabajar en la calle, según dijo debido a su machismo y los celos enfermizos. Ese mismo hombre también la maltrataba verbal y físicamente, sobre todo cuando llegaba drogado o borracho. Marcia soportaba las vejaciones con tal de vivir lejos de su familia y la miseria, dos cosas que le dijo odiaba hasta los tuétanos. — Prefiero tirarme delante de un tren de carga — aseguró.

Alexis era adicto a cuanto vicio existía, pero los dados eran su predilección. En ocasiones, cuando perdía, la ofrecía como pago a la deuda; pero tras haber copulado con el ganador, el delincuente la molía a golpes aludiendo que «ella disfrutaba la singueta». También la obligaba a acostarse con dos o tres hombres a la vez, delante de él, y de esa forma sacar dinero; luego, de nuevo la golpiza.

Una paliza la hospitalizó por siete días; otra, le fracturó un brazo y el tabique, al ser lanzada contra la pared. Marcia resistía estoica e imploraba a los santos y vírgenes para que la librara de ese animal. Cada noche rezaba a San Judas Tadeo para que le mandara la muerte a su esposo, proxeneta y carcelero; pero al final no lo abandonaba, siempre lo justificaba con que aquellas improntas seguro estaban dictadas por el amor desmesurado que sentía por ella, sumado al miedo de perderla; en cambio, la única verdad era que su cuerpo tenía suficientes cicatrices para recordarle hasta dónde había llegado la violencia.

Tomás escuchaba sin opinar, se limitaba a dispensarle caricias y a convencerla de la seguridad que le ofrecía a su lado.

Marcia contó cuando el hermano mayor la violó; contó que lo acusó y fue a prisión. De cómo su madre le propinó una paliza y un rosario de ofensas. —Jamás había pasado tanto vergüenza, ¿quien ha visto que una hermana acuse a su hermano?, ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza!, —le gritaba esa madre que siempre terminaba encerrándose en el cuarto para llorar. Contó que al regresar de las visitas al penal siempre arremetía contra ella, —malnacía, hija de malas entrañas, mira lo que estamos pasando por tu culpa, —haciéndola sentirse culpable por la suerte de su violador. Refirió que aquel estigma lo vivió hasta que conoció a Alexis. Salió de su casa y juró no regresar, ni muerta.

Tomás supo del primer embarazo de la joven, de la felicidad que eso le produjo. Conoció que deseaba un hijo más que cualquier bienestar, aunque el padre no fuera el indicado, ni el ideal; pues el niño sería carne de sus carnes, lo único verdaderamente suyo. Entre lágrimas narró la pérdida. Abortó después de la zurra recibida, su esposo aseguró no ser el progenitor porque sabía que no daba hijos. La atención hospitalaria no fue la debida y terminó con una iterectomía. Era estéril, un cuenco vacío, una planta sin posibles frutos.

Le dijo que Tomás le inspiraba confianza, que siempre había sido amable y caballeroso con ella, que por eso se decidió a visitarlo, aprovechando que por esos días se hallaba en un impasse porque el delincuente estaba siendo buscado por la policía por matavaca, robos con fuerza, vender drogas y asaltar a extranjeros; pero ni así estaba tranquila, Alexis la visitaba cuando ella menos lo esperaba, aparecía al caer la noche y se largaba con el amanecer; pero siempre le recordaba que si la sorprendía fuera de la casa o con otro hombre la degollaría como a una vaca.

Estaba presa en el edificio, los nervios alterados y asustada sobremanera. Los celos del tipo llegaban al extremo de pagarle a un bergante para vigilarla.

«Si le teme tanto a ese, ¿por qué se arriesga a venir hasta aquí? ¿Cómo evade la vigilancia?». Se preguntaba. El pasado irrumpió en su mente. Su esposa lo engañó a sabiendas del amor obsesivo que él le profesaba. Ella era su diosa y él su más fiel devoto. Fue un esposo y padre ejemplar. Nunca la decepcionó. Su único defecto era la adicción al trabajo, y lo hacía para darles comodidad a ella y a su hija. El tarro fue peor que un mazazo en la cabeza de un niño. Lo abandonó el día del décimo quinto aniversario de boda. La depresión lo atrapó por meses.

Las visitas se reiteraron. Tomás sentía lástima por ella, tan temerosa, buscando un amparo inútil. Él también temía. Al delincuente, como a una fiera, no se le podía enfrentar abiertamente. Alexis era capaz de asesinarlos a los dos.

«¿Será verdad todo lo que me cuenta?», pensó, «¿me estará usando?», imaginó la escena de Marcia detallándole a Alexis las revolcadas con el cincuentón del duodécimo piso. Los veía reírse de su inocencia, de su credulidad. Otra forma de ellos disfrutar su maquiavélico matrimonio, porque nada más habían o podían sacar de su relación con la joven. Pura perversidad. Sintió odio y repulsión hacia la joven, «la tetúa». El desencanto se transformaba en un impulso irrefrenable de masturbarse, olfateando el blúmer regalado por ella, pero con la perspectiva de una película porno, él viendo como Alexis gozaba del cuerpo de «la puta».

Espió el apartamento sin resultado. No escuchó ni vio nada, tampoco al celador. «Al que velan no escapa», se decía. Con cautela indagó a la joven sobre cómo burlaba la vigilancia, o dónde podría estar escondido el proscrito. Nunca recibió respuesta. Ella desviaba la conversación con los juegos sexuales que al él tanto le gustaban.

A retazos le sonsacó a la muchacha algunas de las mañas empleadas: al guardián alguna que otra vez le daba una buena mamada; en otras, dejaba que se la templara, para así ella poder salir de la celda. En su confesión dejaba entrever el pánico que le tenía al delincuente; como sentía, veía, el miedo asechándola en las esquinas, en los rincones, debajo de la cama, detrás de los árboles y bancos. Ese mismo miedo se materializó en Tomás, lo palpó, percibió cómo se le enfrentaba, lo embestía y amenazaba, para finalmente desistir de los interrogatorios. Creyó caer en la trampa emocional de Marcia, y sin embargo, la quería, se sentía atado a ella sin darse una justificación lógica.

Los encuentros se sucedieron. Tomás fue creando dependencia de los momentos de placer; lo rejuvenecían, desterraban la soledad, le insuflaba ánimos, deseos de vivir. A esas alturas el apetito sexual era tan fuerte que le complacía masturbarse viéndola dormir. En las noches que no la tenía físicamente se despeñaba al abismo del pensamiento, la ansiedad, la lujuria martillando sus sentidos, quedándole la solución de oler las sábanas y almohadas para masturbarse y derramar el semen sobre las mismas, haciéndose a la idea que era el cuerpo de Marcia, sus tetas, el culo, la boca, quien recibía la ofrenda. Su fantasía llegaba al culmen dentro del elevador, el estrecho lugar se ofrecía como un útero gigante, en él percibía olores característicos, con el calor sudaba y el sexo le hacía sudar, lo asfixiaba como se asfixiaba con la emoción, el peligro, la transgresión; se excitaba al lamer las paredes, al rozar su cara contra el metal, pronunciaba el nombre de Marcia como un mantra hasta que el suelo se manchaba con el semen.

Pasó una semana en la cual no se vieron. Tomás especuló que el fugitivo se encontraba en el apartamento. Sufrió con sólo pensar las salvajadas que le haría a Marcia, «seguro que la está obligando a singar con otros maleantes con tal de pagar sus nuevas deudas». De la condolencia cruzaba al cielo, también imaginó a Marcia disfrutando en la cama con un joven apuesto, con dinero; que los borraba, de una vez, al delincuente y a él. «He hecho el papel de comemierda, de berraco, esa puta debe de estar clavá, riéndose de mí», lanzó el vaso contra la pared. «Todas son unas tarrúas, unas yeguas, unas singá, hija e putas», dio un puñetazo en la mesa. «Se merece que la maten como a una perra». Molesto fue hasta la habitación, abrió la gaveta donde guardaba el blúmer, lo miró con odio, lo estrujó, lo estiró hasta romperlo, lo tiró al piso, lo recogió, lo mordió con rabia. — ¿Por qué me haces esto, Marcia, por qué?; yo te quiero, coño, te amo, no me importa enfrentar al singao de tu marido, yo te defenderé, te colmaré de caricias, te haré feliz, olvidarás el pasado, — besó repetidas veces la prenda, lloró, volvió a besar el blúmer, la pasó por su cara, por el pecho, por la portañuela.

III

La buena suerte amaneció con Tomás. Al salir del ascensor, Alexis estaba parado en la entrada del edificio. — Aquí me la puso Dios, — se dijo, encaminó los pasos al teléfono público, marcó los dígitos de la Policía y realizó la denuncia. Llamó al trabajo para comunicar que no iría por estar con fiebre y vómitos. Ocupó una silla en el café de la esquina. Desde allí observó el desenlace.

Pasada una hora llegaron los de la Guardia Operativa, abordaron el inmueble y quince minutos después traían con ellos al prófugo y su compinche; detrás, Marcia, rogando no se llevaran al marido. La escena le pareció deprimente.

Decidió recorrer la ciudad, disfrutar el día, la libertad. El contrincante estaría tras las rejas por largo tiempo. Respiró profundo, el rostro mostró felicidad, tranquilidad, satisfacción.

Regresó anocheciendo, tomó una ducha, y continuó con el ritual del café y el cigarro. Encendió el televisor, se quedó dormido delante de él. La mañana entró por el balcón, se despertó asustado, apagó el televisor, miró el reloj de pared, decidió ir hasta el apartamento de Marcia. Tocó suave, mirado a los lados del pasillo. Volvió a tocar. Ella abrió.

—¿Estás loco?! —espetó con susto.

—No podía esperar más. Llevo días sin verte. Me enteré que cogieron a tu marido. Ya estás libre.

—Sí, pasé tremendo mal rato, aún me siento nerviosa y no lo creo. Me parece que en cualquier momento puede aparecer Alexis.

—¿Me dejas pasar? —le dijo empujándola discretamente.

El apartamento mostraba un caos, muebles volcados, cajas, unos maletines, ropas dobladas. Tomás miró a Marcia intrigado.

—Me tendré que ir antes que Alexis aparezca de nuevo —dijo la muchacha.

—Quédate conmigo —imploró, tomándola por el brazo, abrazándola, besándola.

—No, aquí no estoy segura. Viviré con la zozobra...

La abrazó, con su lengua le acarició el oído. Después de algunos «pero...», abrazos, más «pero...», más abrazos, un «estamos locos», al fin los recorrió una ola de placer sensual, sonrieron. Lo guió hasta la cama. Con un movimiento se le colocó encima; estaba caliente, húmeda, preparada para él. Tuvieron un sexo extenuante y abrasador.

Marcia se durmió. Con la mano le acarició el áspero vientre, las cicatrices, le acarició los muslos, sintió un enorme placer. En la semioscuridad las señales que aquel abusador dejó en ella se olvidaban fácilmente. La atrajo y la abrazó.

Marcia despertó en los brazos de Tomás. Se besaron, ella, desnuda, fue hasta el balcón para observar la ciudad; él la abrazó por la espalda, la besó varias veces y la cargó en sus brazos. La miró a los ojos. Recordó la última vez que hizo lo mismo a su esposa, a ella le gustaba, pero ese día él

conocería de la infidelidad, ese día ella le prometió quererlo con toda y para toda la vida, «nunca te dejaré Tomás», le dijo y al amanecer se había marchado con la hija.

La mantuvo cargada, pensando, «Ésta también hará lo mismo. Siempre he sido el trapo de limpiarse las manos. Ya recogió, se va, me deja, huye quién sabe con qué singante». Se agotaban sus brazos pero no lograba dejar de pensar en aquello «¡Puta, puta, puta, puta e mierda, me usaste y me tirarás a la basura! Si no eres mía, tampoco singarás con otros. ¡Maldita, maldita!, soy un imbécil, un estúpido, un tarrú. Pero tú si que no te vas a reír de mí. Te mato primero».

Ella, suspendida por el hombre, miró fijamente su silencio, sonrió, lo besó. —Te quiero, nunca te dejaré Tomás —dijo.

Él sintió el impulso de lanzarla por el balcón. —Tú no me harás lo mismo, ¡puta! —gritó liberando la carga de sus brazos.

La visita

Despierta empapado de sudor y semen. El sueño erótico ronda en su cabeza, le parece real. «¿Quién tuviera una hada madrina o la lámpara de Aladino para pedir ese sueño?», piensa, pasando la mano por la cabeza. Siente la tontera del sueño agotador. El calor es insoportable a pesar de los dos ventiladores. Se estira y despereza por completo, va hasta el baño, orina, metiéndose en la ducha. Abre el grifo, el agua fría al caer con toda su intensidad lo relaja y refresca. «Ojalá me encontrara un negro así, que me ame con pasión y fuego, aunque sea por una noche.» Su pene erecto, se masturba.

Prepara café, tostadas y huevos duros. Desayuna mientras lee la *National Geography* prestada por Mandy. —Debo apurarme con esto, *El Pinto* es recalcitrante para sus cosas, no sé cómo no ha aparecido, —murmura.

Suena el timbre.

—Apuesto que es él, —dice, bebe lo que queda en la taza, dirigiendo los pasos a la puerta.

—¡Aurelio!, no lo puedo creer, eres tú —el rostro se le ilumina, sonrío. Lo abraza.

Aurelio fue vecino suyo en la niñez. Más que un vecino, fue parte de su familia. Crecieron juntos, jugaron juntos, fueron a la misma escuela, salían juntos al cine. Compartían la misma cama cuando los padres de Aurelio viajaban para ver a un hermano de la madre que estaba preso. Esos días eran de fiesta para los dos, se dormían tarde, pasaban horas jugando a las figuras y las sombras con la linterna.

Aurelio era dos años mayor que él. Fue un niño vivaz, robusto, trigüeño, de pelo negro y lacio. El que tiene ahora

delante de él sigue estando macizo, pero también calvo, con bigote y una incipiente barba.

Se vuelven a abrazar, sonríen.

— ¡Qué sorpresa más grata, coño! Ha pasado tanto tiempo, nunca pensé volverte a ver. ¡Mi hermano has cambiado muchísimo! — lo observa de arriba hasta abajo.

— Los años no pasan en balde y los malos ratos acaban con cualquiera — pasa la mano por la cabeza.

— Pasa, pasa, esta es tu casa. Siéntate — va hasta la cocina y regresa con dos tazas de café, le brinda al recién llegado, toman un sorbo, encienden un cigarro para cada uno —. De veras que no te conozco así. ¿Qué pasó con aquel pelo negro como el azabache, tan lacio, precioso, tu figura atlética? Mira esa barriga de dirigente.

— El que si no ha cambiado eres tú, Manuel. Estás igualito, igualito, sigues flaco, joven, los años no han pasado por ti. ¿Qué haces para mantenerte?

— Vivo tranquilo, nada me preocupa ni me quita el sueño.

— ¿En qué trabajas?

— En una empresa de construcción, soy arquitecto. Mis ratos de ocio los dedico a pintar. Mira, estos lienzos son míos.

Aurelio se para, observa los cuadros. No entiende las manchas y los cuerpos amorfos, pero les encuentra belleza. Recuerda la niñez. A Manuel le gustaba dibujar, era el mejor en todo el barrio. Sus veleros y aviones no los superaba nadie. Aprovechaban esa maestría para venderlos y con las monedas merendar. Meses atrás, revisando papeles viejos, encontró uno, sintió nostalgia por aquella época de inocencia. Pensó en su amigo, jurándose buscarlo apenas saliera.

Lo tiene frente, la misma sonrisa, esa manera desenvuelta que lo caracterizaba, conversador. Siente miedo al pensar qué le dirá cuando le pregunte por su vida. No desea mentirle, eso le dolerá. Ha sido un cabrón, lo reconoce, pero sus sentimientos son los mismos, no han cambiado. Observa a Manuel explicándole cada pieza, cada forma, los motivos de inspiración. Lo mira y Manuel le sonrío, le da palmaditas en la espalda, fuman. Vuelven a sentarse.

— Aurelio, háblame de tu familia, cuéntame si estás casado, si tienes hijos.

— Mamá murió hace cuatro años de un infarto, papá está ahí, viejo, achacoso, está con mi hermana Sofía, su esposo y tres hijos. Elena está divorciada, tiene una niña preciosa. Viven con mi tía Encarna. Adolfo se fue del país y jamás hemos sabido de él. Yo estuve casado par de veces, tengo dos chamas, una hembra y un varón. Hace tiempo que no los veo. Supe que la madre volvió a casarse y se fueron para otro lugar.

— ¿Y ahora qué haces, en qué trabajas, te volviste a casar?

— Hace un mes salí de la cárcel — responde con la cabeza gacha, la vista fija en el mosaico, la voz apagada, las manos sudorosas. Siente el desplome interior.

— Pero ya estás en la calle, libre, a comenzar una nueva vida, ¿no? — infiere Manuel —, cualquiera tiene un traspies. Lo bonito es volverse a levantar y andar de nuevo, con la cabeza erguida — le pasa la mano por los hombros.

— Cojones, mi hermano, eres la primera persona que me trata como a un ser humano — gira y abraza con fuerza a Manuel, besa la mejilla, llora.

Manuel se deja abrazar, la escena lo conmueve, siente la fragilidad de Aurelio, el desmoronamiento moral, se le aguan los ojos.

— Pasé tres años en ese infierno y mi familia jamás me visitó. Me doy cuenta que nadie me quiere en su casa, me evitan — dice con la voz entrecortada.

— Ahora estás fuera, vuelve a hacer tu vida, manda para la mierda a todos.

— Manuel, ¿puedo quedarme esta noche? Te juro que mañana me voy, no quiero entorpecer tu vida privada. Hice una promesa al salir, la cumplí. Revisando unos papeles encontré unos de tus famosos veleros, recordé nuestra vida en el viejo barrio, juré buscarte y darte las gracias. Estando en la prisión, recordaba nuestra amistad, dos mocosos creyéndose hombres, creciendo juntos. Me reconfortaba en medio del encierro. Fue la mejor etapa de mi puñetera vida.

Manuel también la recuerda. Aurelio fue su mejor amigo. Lo defendía de los muchachos del barrio y la escuela cuando querían golpearlo. Aurelio le enseñó a jugar ajedrez, trompo, a empinar papalote; a hacer trampas en el parchís. Criaron peces, curieles, palomas; cazaron caguayos, gorriones. Aurelio le enseñó los recortes con mujeres desnudas de su hermano mayor, le enseñó a besar, a masturbarse; se masturbaron juntos, escondidos en el cuarto de las herramientas del abuelo suyo, detrás de los tanques del agua de la secundaria. En la escuela al campo Aurelio le ayudaba a desherbar su carrilera para escaparse al canal, allí le enseñó a nadar, rascabucharon a las hembras cuando se bañaban. Las dos familias se mudaron y perdieron el vínculo. Él sufrió la separación.

—¿Cómo diste con mi dirección?

—Na, fui al barrio, allí indagué con los viejos, los muchachos de entonces. La hermana de Ramón me dio la dirección de tus padres. Ayer por la noche los visité y aquí estoy —enciende un cigarro.

—¿Dónde pasaste la noche?

—En la terminal de ómnibus. Tus padres insistieron en que me quedara a dormir pero no quise; acepté comer por pena. Allá están tu hermano, la mujer y los niños.

—La casa es grande, tiene un cuarto vacío. Serás tonto —sonríe—. Mi hermano sigue siendo el buenazo de siempre, su esposa es un pan, son la pareja perfecta. Papá y mamá ni hablar. Te conocen de sobra.

—Me trataron muy bien, eso no lo niego, pero no quería seguir allí por miedo a lo que te he contado, no sé, tú sabes...

—Cojones, Aurelio, no eres un criminal ni un terrorista. Cualquiera cumple prisión. Deja ese complejo para otros. Nosotros siempre te quisimos como familia. No hemos cambiado a pesar del tiempo.

—En casa de tus padres me di cuenta. Tu mamá se afectó cuando le conté lo de Josefina. Eran como hermanas. Ella a cada rato la mencionaba y echaba de menos, siempre estaba inventando viaje para venir.

—Entonces, desde ayer no te bañas. Seguro no has desayunado, bueno, casi es hora de almuerzo.

—Antier salí del pueblo por la mañana. ¿Sientes el tufo?

Manuel lo toma por la mano, lo lleva hasta la habitación, le da una toalla, le indica el baño, yendo a la cocina. El rostro muestra alegría, la visita lo ha tomado por sorpresa y lo regocija. Tantos años han pasado y parece que fue ayer. Prepara comida, canta.

Aurelio sale del baño envuelto en la toalla. Manuel lo mira de pies a cabeza. Su amigo tiene un pecho velludo, musculoso, las piernas redondas, muslos robustos, los pies anchos, con dedos gordos. Aurelio sonrío.

—La cárcel te ha puesto a punto de caramelo —le palpa los brazos, los bíceps, acaricia la manos toscas y ásperas—, pareces un estibador. ¿Trabajaban allí?

—En la construcción. Allá dentro hacía ejercicios para matar el tiempo y no pensar tanto, porque si no, me volvía loco. Siempre me ha gustado mantenerme en forma. ¿Dónde lavo esto?

—Déjalo para más tarde, ven, por aquí tengo un short que le compré a Rubén, debe ser tu talla.

Van hasta la habitación, Aurelio se quita la toalla, Manuel ve al hombre desnudo, no es el mismo de la adolescencia. Ha cambiado, siente un salto en el estómago. Aurelio se percata, apura ponerse el short.

—Cuando termines vienes para que comas.

Se sientan a la mesa, Aurelio come con fruición. Manuel se complace verlo, recuerda la niñez, su amigo siempre fue glotón, de buen comer. Cuando comían juntos, se encargaba de limpiar su plato para que su madre no lo castigara; si iban a la cafetería de la esquina, Aurelio pedía ración doble de lo que fuera. Recuerda a su madre al conversar con Josefina y le decía el buen apetito de Aurelio, con un hijo así no se pasaba trabajo para cocinar. Él fue melindroso para comer, por eso pasó trabajo en la Universidad, donde la comida ni los cerdos la querían.

Toman café, encienden sus cigarros, vuelven a la sala, fuman en silencio. Manuel tiene un nudo en la garganta.

— Aurelio, debo decirte algo, no sé cómo — dice mirando fijo a los ojos. Yo...

— Eso no me importa, es tu vida, recuerda, tú eres mi amigo — responde apretándole la mano, le acaricia el pelo, lo atrae hacia sí y le besa la cabeza. Lo que has hecho hoy por mí te lo agradezco eternamente.

— ¿Cómo te diste cuenta?

— La cárcel es una universidad, allí se aprende más de lo que te imaginas. Se ve de todo, peor que acá fuera. ¿Estás con alguien?

— No, esta vida es para solitarios.

— ¿Lo saben tus padres?

— Sí, eso me ha servido de mucho. Ellos han sido maravillosos conmigo, como lo eres tú.

— Maravilloso eres tú. Me abriste la puerta de tu casa, me has brindado de todo. No imaginas cómo me siento. Estoy tan feliz de verte, de tenerte cerca, abrazarte, recordar el pasado...

— ¿Qué harás de tu vida en lo adelante?

— Na, buscar trabajo, ver dónde me meto, no quiero vivir con mis hermanos. Mi hermana cambió mucho, me he dado cuenta que estorbo, mi padre ya no tiene potestad en aquella casa que es nuestra. El marido es quien lleva la voz cantante. Allá tengo par de trapos y unos papeles viejos, eso cabe en un saco.

— Antes de estar preso estabas casado ¿no?

— Sí, pero la puta apenas me agarraron se echó otro marido. Siempre anduve con puticas del barrio, y esas no cargan con nadie, mucho menos con un palmao como yo. ¿Puedes darme más café? Está riquísimo.

Manuel trae una taza de café, Aurelio degusta, enciende otro cigarro, fuma, exhala, mira su amigo que está de pie, le sonrío.

— Tienes una sonrisa preciosa. Perdona que te la celebre.

—Oye, yo no tengo complejos. Puedes vacilarme todo lo que quieras —lo pellizca por la cintura— si no te molesta me gustaría tirarme en la cama un rato, esa terminal acabó conmigo —apaga el cigarro, se levanta—. Ven, tírate aquí, como en los viejos tiempos.

Manuel obedece, se queda mirándolo.

—Aurelio, qué bello estás, la calvicie te da un aire de elegancia, atractivo —pasa la mano por la cabeza—, entonces, aquí te sobran —acaricia suavemente el pecho, siente los vellos sedosos, Aurelio sonrío—, no tendrás problemas a la hora de empatarte.

—Tú tampoco, no eres mal parecido, tienes educación, una casa, trabajas —lo atrae hacia sí.

Los rostros quedan frente a frente, se miran en silencio, Manuel traga en seco, pasa la mano por la cara del amigo, por los labios, éste cierra los ojos, siente vibrar su cuerpo. Los abre.

—Aurelio...

—Shssssssssss, yo también lo deseo.

El secreto

Miró a ambos lados. El camino estaba desierto, aún así temía lo vieran entrar a la casucha. El corazón le latió presuroso, conocedor de la trasgresión que tramaba la mente. Lo había decidido. El viento levantó una arenisca parda que le cubrió los pies.

Tocó tres veces en la puerta. Los golpes sonaron suave y temerosos. La puerta chirrió, quedó semiabierta, ella asomó la cabeza sin peinar.

—¿Tú aquí? —espetó, el rostro reflejó confusión y extrañeza. Lo conocía a causa del revuelo armado en Jerusalén y los alrededores, los extremismos llevados a cabo en las ciudades donde llegaba. Era la nota discordante, la llaga ulcerada. Su nombre y hechos estaban en boca de todos.

—¿Puedo pasar? —pidió. La faz serena mostraba cansancio; los ojos, horas sin dormir; el cabello y la barba largos y ralos, denotaba suciedad. La piel seca y curtida por el sol del desierto, con la túnica desgastada, sin color y raída. Daba más lástima que miedo.

—¿Puedo pasar? —repitió en tono de súplica. Volvió a escudriñar el camino. La casa estaba enclavada en los lindes de la ciudad, a pesar de ello temía ser visto en el lugar. De ser así, su reputación rodaría más que una piedra por el despeñadero. Lo tomarían por un oportunista y alborotador de la chusma. Y sobre todas las cosas, temía perder la confianza de sus discípulos. Sin embargo, le urgía entrar en la casa.

—Si vienes a darme un sermón, regresa por donde apareciste —respondió enérgica, la mano en la cintura—. Tú, ni nadie, cambiará mi modo de vivir, de ganarme el pan.

A otro con tus letanías de cambio y vida eterna. No necesito tu salvación mientras me muero de hambre, —intentó cerrar la puerta.

—Por favor, déjame pasar —con la mano aguantando la puerta— vengo en son de paz, —puso la otra mano en el pecho, del lado del corazón. La voz sonaba lastimera. Con mirarlo fijo a los ojos se podía apreciar la verdad de su boca.

La puerta se abrió, ella se hizo a un lado permitiéndole el paso.

La casa era una sola pieza. Una mesa, dos sillas, la cocina y un camastro. El ambiente estaba impregnado de olor a vegetales, pobremente iluminado. La única ventana permanecía cerrada. Un par de rústicos vestidos colgaban de un clavo.

Él tomó asiento, ella cerró la puerta y ocupó la silla libre. Se recogió el pelo en un moño. El vestido semiabierto dejó ver los senos turgentes. Él miró y ella lo abrochó con premura.

—Quiero maritar contigo, mujer —expuso mirándola a los ojos— soy virgen, inmaculado y no poseo un dracma.

—¿Por qué me escogiste? Muchas mujeres aceptarían tu propuesta, sobre todo esas locas que te siguen.

—Mi misión no lo permite. Debo dar el ejemplo. El consagrado debe ser célibe —bajó la cabeza.

—Bonita justificación. Eres un engaño. Yo tendré que cargar con el peso de tu culpa. ¿Y tu Dios qué dirá de todo esto?

—Él es comprensivo y misericordioso —susurró, levantó los ojos depositándolos en los de la mujer. La voz le ahogaba, hecha un nudo en la garganta. Puso su huesuda mano sobre la de ella. Le tomó la barbilla y posó sus labios en los de ella.

—¿Y quién te asegura que yo no hable, eh?

—Por favor...

El silencio inundó el recinto, ambos se miraron. La mujer señaló la cama.

A la hora el hombre se marchó sin despedirse, con la cabeza gacha. Ella en el umbral de la casa lo vio alejarse por el camino de la ciudad. Aquella figura regia, majestuosa, llevaba su infierno por dentro. Lo amó con lástima. Se juró guardar el secreto. El hijo de Dios era impotente.

Otras consideraciones para people no tan beautiful

El libro

El libro permanece en el regazo. Las páginas le recuerdan lo acaecido. No sabe cómo despertar. Las letras chocan unas con otras; lo salpican de sangre, neblina y voces. Intenta saltar. El libro lo obstaculiza; es un marco de alambre púas. Las páginas continúan su *via crucis*.

La lectura

Lee. En la mente sólo hay una palabra: sobrevivir. Inmóvil, sigue leyendo, un nudo instalado en la garganta le impide tragar el susto, absorber los restos de lectura. Las palabras son puntos de sangre. Registra en los bolsillos, aparentan vacíos. Las letras y el susto confabulan el regreso.

Gavetas

Escondió su miedo. Tocó. En el interior no había nadie.

Reunión

¿Quién le pondrá el cascabel al gato?

Lema de una puta

A las putas las matan, no mueren.

Ajuste de cuentas

En el pase de lista el prócer ya no estaba.

Sueño tropical

¿Quién es el último?

Oración

Estoy al Sur, me he quedado solo.

Noventa millas

Su lugar en la mesa está vacío. Ahora somos una familia feliz.

Índice

Beautiful

- Beautiful people / 9
- Obsesión / 11
- La nota / 13
- El susto / 15
- La soledad es mala consejera / 16
- Bed talk* / 18
- Rufo / 20
- La artista / 21
- Decisión / 23
- El paquete / 25
- Circunstancias de la vida / 28
- La primera vez / 35

People

- Florita / 41
- Los gemelos / 42
- El otro / 44
- La bibliotecaria / 46
- Lluvia / 48
- Lyla / 50
- Ofas / 52
- El voyeur / 54
- X vs Y / 57
- La Ceremonia / 59
- Compañeros de infortunio / 62
- Aquel / 63

La disyuntiva / 66

La visita / 76

El secreto / 83

Otras consideraciones para people
no tan beautiful / 86

- El libro
- La lectura
- Gavetas
- Reunión
- Lema de una puta
- Ajuste de cuentas
- Sueño tropical
- Oración
- Noventa millas

Librerías del país donde pueden adquirirse los libros de la Riso, producidos por el Sistema de Ediciones Territoriales.

Provincia	Librería	Dirección	Teléfono
Pinar del Río	Viet Nam Heroico	Calle Martí, No. 49, entre Gerardo Medina y Recreo	0 - 48 - 758035
La Habana	Punto y coma	Ave 41, s/n, entre 56 y 58 San Antonio de los Baños	0 - 47 - 383271
Ciudad de La Habana	Ateneo Cervantes	Bernaza, No. 9 esq. a Obispo Habana Vieja	862 - 2580
	El Ateneo	Línea, No. 1057, entre 12 y 14 Vedado	833 - 9609
Matanzas	Viet Nam	Calle Medio, s/n, esq. Callejón Sacristía, Matanzas	0 - 45 - 244782
Matanzas	La Concha de Venus	Céspedes, No. 551, esq. Coronel Verdugo, Cárdenas	0 - 45 - 379496
Villa Clara	Pepe Medina	Colón, No. 402, entre Gloria y Mújica, Santa Clara	0 - 42 - 205965
Cienfuegos	Dionisio	Ave 54, No. 3526, entre 35 y 37 San Román	0 - 43 - 525592
Sancti Spiritus	Julio Antonio Mella	Calle Independencia, No. 67 entre Callejón del Cero y Ave. de los Mártires	0 - 41 - 324716
Ciego de Ávila	Juan Antonio Márquez	Calle Independencia, No. 15 entre Simón Reyes y José María Agramante	0 - 33 - 222788
Camagüey	Mariana Grajales	Calle República, No. 300 entre San Esteban y Finlay	0 - 32 - 292390
	Viet Nam	Calle República, No. 416 entre San Martín y Correa	0 - 32 - 292189
Las Tunas	Fulgencio Oroz	Calle Colón, No. 151, esq. Francisco Vega	0 - 31 - 371611
Holguín	Ateneo Villena Botev	Calle Frexes, No. 151, esq. Máximo Gómez	0 - 24 - 427681
Granma	Ateneo Silvestre de Balboa	Calle General García, No. 9, entre Canducha Figueredo y Antonio Maceo, Bayamo	0 - 23 - 424631
	La Edad de Oro	Calle José Martí, No. 242 esq. Antonio Maceo, Manzanillo	0 - 23 - 573055
Santiago de Cuba	Amado Ramón Sánchez	Calle José Antonio Saco, No. 356 entre Carnicería y San Félix	0 - 22 - 624264
Guantánamo	Ñancahuasu	Calle Paseo, No. 555, entre Luz Caballero y Carlos Manuel de Céspedes	0 - 21 - 328063
Isla de la Juventud	Frank País	Calle José Martí, s/n, esq. 22 Nueva Gerona	0 - 46 - 323268

Impreso en los talleres del CPLL de Granma
Febrero de 2010
Esta edición consta de 500 ejemplares